

FBI



**HENRY
KEYSTONE**

**A
REMOLQUE
DEL
PELIGRO**





© HENRY KEYSTONE
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
Publicación semanal,
aparece los viernes.

Cubierta impresa en FOLDING ROBLE MADERA



de TORRAS HOSTENCH, S. A.

Printed in Spain

D. L. M. 30.999-1973
ISBN 84-04-01909-6

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

HENRY KEYSTONE

A REMOLQUE DEL PELIGRO

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

LAS diez y siete horas, veinte minutos y tres segundos del verano de 197...

Ésa era la hora que marcaba el gran reloj de la torre central del viejo Ayuntamiento de Puerto Palmeras.

Y la calma de la tarde quedó rota por largas ráfagas de ametralladora.

Las palomas que se encontraban en la plaza del Ayuntamiento levantaron el vuelo y después de un aterrador batir de alas fueron a posarse en el campanario de la iglesia.

El reloj continuó su acompasado tic-tac.

Y nuevas ráfagas de ametralladora desgarraron la calma de la tarde, asustando nuevamente a las palomas que abandonaron la torre de la iglesia para volar sobre la ciudad buscando un lugar seguro.

Los disparos cesaron y las palomas fueron regresando a la plaza del Ayuntamiento, pero se posaron sobre el suelo agrupadas como si quisieran protegerse formando grupos.

Y el reloj, inmutable como el mismo tiempo, continuaba su rítmico tic tac.

Lis diez y siete horas, veinticinco minutos y ocho segundos.

El doctor Clemente Romero, del Hospital Central de Puerto Palmeras dormía profundamente.

Pero su esposa Teresa lo despertó para decirle.

—Te llaman del hospital.

—¿Qué hora es? —preguntó el doctor Romero.

—Las cinco y veinticinco —contestó Teresa después de mirar su reloj de pulsera.

—Solamente he dormido una hora... y me pasé la noche en vela. ¿Quién me llama? —preguntó Romero abandonando el lecho con verdadero disgusto.

—El director del hospital, y parece muy alterado.

—Me caeré de sueño en cualquier rincón... las últimas cuarenta y ocho horas han sido una verdadera pesadilla...

—Lo sé, pero también lo sabe Carreño y te ha llamado.

—Tienes razón... debe ser algo muy grave.

El doctor Romero salió del dormitorio arrastrando los pies desnudos y tratando de contener un bostezo.

Aún estaba medio dormido cuando cogió el teléfono, y dijo.

—Hola, Carreño...

Le contestó una voz agitada en la que vibraba una emoción mal contenida.

—Lo siento, Romero, sé que has trabajado duramente los últimos días y que apenas has dormido, pero te necesito... es algo muy grave y urgente.

—Bien, Carreño, no te preocupes. Voy a tomar un café muy fuerte y creo que podré llegar hasta el hospital sin dormirme por el camino.

Colgó el auricular y llamó a Teresa para pedirle un buen café, pero su esposa se había adelantado a sus deseos y le entregó una taza humeante.

—Mi ropa... no puedo perder tiempo.

El doctor Romero se estaba poniendo la camisa cuando el doctor Francisco José Carreño llamó nuevamente para decir.

—Date prisa, Romero, el asunto es mucho más grave de lo que yo mismo pensaba.

—Salgo ahora mismo.

Clemente Romero dejó el aparato telefónico pensando qué algo realmente terrible tenía que haber ocurrido en alguna parte de la gran isla del Caribe.

La nación contaba con seis millones de habitantes y solamente Puerto Palmeras, la capital de la isla, tenía más de seiscientos mil almas.

Era una tierra propensa a sufrir intensas convulsiones geológicas y todo el mundo recordaba el último terremoto que diez años antes había sacudido la isla de extremo a extremo, causando millares de

mueritos y grandes daños.

—No creo que se haya producido un nuevo terremoto mientras dormía... Tengo el sueño pesado pero no tanto —murmuró el doctor Romero.

Se despidió de su esposa y poco después conducía su coche de marca europea por la carretera número tres.

El doctor Romero vivía en una zona residencial situada a seis kilómetros de la ciudad y por lo tanto su esposa no había oído las ráfagas de ametralladora que habían roto la calma de aquella apacible tarde de verano.

Mientras conducía por la desierta carretera el doctor pensaba que nunca había sido llamado al Hospital Militar con tanta urgencia.

—Quizás hayan aparecido complicaciones durante alguna operación... tenemos mucha gente nueva en el hospital...

La verdad era que el doctor Clemente Romero no tenía el menor presentimiento de la sangrienta tragedia que le esperaba en el Hospital Militar.

Clemente Romero era teniente coronel médico, como el doctor Francisco José Carreño, director del hospital tenía el grado de coronel.

La isla, como tantas naciones de América del Sur, se encontraba padeciendo un estado político de extrema turbulencia y de gran inseguridad.

Tres años antes, el presidente de la República, había sido asesinado y después de un año de intensas luchas políticas y callejeras, se convocaron elecciones y el pueblo eligió como nuevo presidente a Octavio Silva, profesor universitario y que durante varios años había permanecido exiliado en los Estados Unidos.

Silva era un hombre honrado, amante de la justicia y lleno de humanidad y amor a su país.

El mismo Silva decía que el cargo de presidente de la nación le resultaba incómodo, como un traje mal cortado y que le apretase por todos los lados.

Pero si Octavio Silva era un hombre honrado, justo y sin ninguna ambición personal, no se podía decir lo mismo del coronel Abel Pacheco, ministro de Defensa de Silva.

Ni de Héctor Zamora, ministro del Interior y jefe de la policía de

toda la nación.

Ambos eran ambiciosos y estaban sedientos de poder, capaces de valerse de todos los medios, aunque fuesen salvajes y brutales para aplastar a sus enemigos.

Entre aquellos dos hombres jóvenes y sin piedad, el presidente Silva era un simple muñeco que no podía tomar decisiones de ninguna clase.

Y en la isla empezaban a aparecer los negros nubarrones de una tempestad revolucionaria.

Pero el doctor Clemente Romero no pensaba en la revolución mientras conducía su coche hacia el Hospital Militar.

Poco después y cuando descendía del automóvil en la zona destinada a los médicos, vio cómo se acercaba el doctor Carreño.

En él mismo instante que Romero cerraba la puerta de su coche, dos ambulancias militares penetraban en el patio del hospital haciendo aullar sus estridentes sirenas.

—¿Qué ocurre, Carreño? —preguntó Romero, al ver el rostro casi desencajado de su compañero y superior.

Romero frunció el ceño al comprobar que las dos ambulancias no se detenían ante la entrada que daba acceso a la sala de urgencias.

Las ambulancias se detuvieron delante de un alargado pabellón y Clemente Romero comprendió que el asunto era muy grave, porque aquel pabellón era el depósito de cadáveres.

—Escucha, Romero... —dijo Carreño con expresión trágica y la voz ronca por la emoción—... nos espera un trabajo duro y desagradable.

—¿De qué se trata?

—Debemos examinar un gran número de cadáveres... hay que tomarles las huellas digitales y certificar su muerte.

—¿Cadáveres?... ¿Ha ocurrido algún accidente grave?... ¿Se ha producido alguna explosión?

—Ejecuciones, Romero.

—¿Ejecuciones? —preguntó éste asombrado.

—Un importante grupo de hombres ha atacado una de las bases del ejército...

—¿Cuál?

—El Cerro.

—Creo que...

—Es evidente que un grupo de valientes ha sacrificado su vida, en un inútil intento por librarnos del férreo yugo de Pacheco y Zamora —comentó Carreño.

—¡Dios santo... parece que esos soldados estén amontonando reses descuartizadas! —exclamó Romero.

Los dos médicos cruzaron miradas de terror al entrar en el depósito de cadáveres.

Había cuerpos por todas partes, en diversas actitudes y el suelo de cemento estaba lleno de charcos de sangre, que se iban extendiendo con gran rapidez.

—Llegarán más —dijo un sargento con indiferencia.

—¿Cuántos más? —preguntó Carreño.

El sargento se encogió de hombros y después, al ver la furiosa mirada que le lanzó el coronel médico, dijo:

—No lo sé, señor... están amontonados y es imposible conocer el número exacto.

—Vamos, Romero... debemos empezar —ordenó Carreño, como si quisiera terminar lo antes posible con aquel desagradable trabajo.

—Soy médico... y me espera un trabajo de carnicero —protestó Romero.

—Otros han hecho el de matarife —susurró Carreño.

Llegó otra ambulancia llena de cadáveres y por los comentarios que hicieron algunos soldados, los dos médicos pudieron saber lo que había ocurrido.

Todo se había iniciado cuando faltaban cinco minutos para las cuatro de la tarde.

Doscientos diez hombres de distintas clases sociales, desde militares de profesión hasta profesores de la Universidad, comerciantes y empleados administrativos.

Hombres de todas clases y de todas edades, pero todos con una misma idea.

Devolver la paz, la justicia y el orden a su patria.

El grupo con muy pocas armas logró infiltrarse en la base militar de El Cerro, con la esperanza y el propósito de apoderarse de ella y de todas las armas que encontraban en aquel lugar.

Pero fueron capturados y desarmados con gran rapidez, porque quedaron atrapados en el patio central de la base, bajo el fuego

directo de las ametralladoras emplazadas en los tejados de los diversos pabellones.

El general Raúl Blanco, comandante en jefe de la base de El Cerro, no quiso sacrificar a aquellos hombres, a los que las injusticias y vejaciones habían impulsado a cometer un acto desesperado.

En el interior de la base no se llegó a disparar ni un solo tiro.

Los revolucionarios, al ver los cañones de las ametralladoras apuntando hacia ellos, comprendieron que nada iban a ganar haciéndose matar como borregas.

Solamente un hombre no quiso entregarse, pero un capitán lo derribó de un culatazo, diciéndole.

—No seas loco, muchacho.

A las cuatro en punto de la tarde, los doscientos diez hombres que se habían infiltrado en la base militar estaban desarmados y fracasados.

Un destacamento de fuerzas especiales los condujo hasta los calabozos.

Después de permanecer en los calabozos durante algo más de una hora, las mismas fuerzas especiales los llevaron al patio de la base, donde les esperaba un comandante de la policía política.

—Sois una pandilla de estúpidos —dijo el comandante por todo saludo.

Nadie contestó... como era lógico.

—Sois chiquillos aunque alguno de vosotros ya ha cumplido los cincuenta años. Porque es cosa de chiquillos tratar de derrocar un gobierno legalmente constituido...

—No tenemos nada contra el gobierno, sino contra algunos de los hombres que lo forman —dijo una voz que brotó del grupo.

El comandante de la policía política se limitó a sonreír y después continuó diciendo.

—El gobierno no va a tomar represalias contra vosotros. A los niños malos se les manda a la cama sin cenar... bien, pandilla de estúpidos, podéis ir a la cama y esta noche espero que ninguno de vosotros cene.

Entre los doscientos diez conjurados se produjo un movimiento de asombro, pero el comandante de la policía política siguió diciendo.

—Sin cenar... y sin tratar de conspirar otra vez, porque si se produce otro intento como el de hoy, las cosas serán diferentes.

—¿Podemos marcharnos? —preguntó uno de los revolucionarios.

—Las puertas están abiertas... y aquí no sois nada más que una molestia.

Después de unos momentos de desconcierto, los doscientos diez hombres fueron saliendo de la base militar.

... Para ir a caer en la más cobarde de las emboscadas.

Agrupados, formando un gran rebaño de hombres fracasados, pero contentos de haber salido con vida del intento, los doscientos diez revolucionarios se fueron alejando de la base militar de El Cerro.

El fuerte sol del verano caía sobre sus abatidas cabezas mientras caminaban por el campo.

El grupo penetró en una alargada hondonada de paredes altas y lisas, en las que algunas matas se aferraban a las grietas de las rocas en un desesperado intento de sobrevivir.

Aquella hondonada había formado parte de un viejo camino, que el trazado de la nueva carretera había dejado fuera de uso y que solamente empleaban algunos campesinos, que deseaban huir del peligro que significaba la carretera para sus animales y vehículos lentos.

La hondonada estaba solamente a un kilómetro de Puerto Palmeras.

... Y bruscamente, un pesado tanque armado con ametralladoras del calibre 55, cerró con su mole de acero la salida de la hondonada.

Los doscientos diez hombres se detuvieron, y uno de ellos exclamó.

—¡Hemos caído en una trampa!...

—Es cierto... no han querido asesinarnos dentro de la base militar, porque en ella tenemos amigos, pero van a acabar con nosotros aquí mismo —contestó con calma otro de los hombres.

Las ametralladoras del tanque giraron con lentitud hasta apuntar directamente al grupo de revolucionarios.

... Y otro tanque hizo chirriar sus orugas al situarse en el otro extremo de la hondonada.

Los doscientos diez hombres no podían avanzar hacia Puerto Palmeras y tampoco podían retroceder hacia la base militar de El Cerro.

Estaban atrapados.

... Y sentenciados.

Las ametralladoras de los tanques abrieron fuego y los proyectiles rasgaron carnes y destrozaron huesos.

Las ametralladoras de los dos tanques barrieron la hondonada varias veces, hasta que no quedó en pie ninguno de los doscientos diez hombres.

Pero los individuos que ocupaban los tanques tenían órdenes muy concretas, porque los pesados proyectiles del calibre 50 continuaron sacudiendo los cuerpos tendidos en el fondo de la hondonada.

Y después volvió la calma y el silencio.

Ni un solo gemido brotó de aquella masa de cuerpos acribillados y destrozados.

Eran exactamente las diez y siete horas, veinte minutos y quince segundos.

La primera descarga se había producido a las diez y siete horas, veinte minutos y tres segundos.

... Y habían sido suficientes doce segundos para que muriesen doscientos diez hombres.

Pero el fuego concentrado de cuatro ametralladoras del 55, había sido de una eficacia terrible[1]).

Los tanques se alejaron para dejar paso a las ambulancias y a una compañía de fuerzas especiales de la policía política.

—¡Cargar las ambulancias y llevad los cadáveres al depósito del hospital militar! —ordenó el mismo comandante de la policía que había ordenado a los revolucionarios que saliesen de la base militar de El Cerro.

No parecía impresionarle la matanza, porque con toda calma encendió un cigarrillo y después de expeler el humo, murmuró.

—Está haciendo un calor endiablado.

Los cadáveres fueron pasando al interior de las ambulancias donde quedaron amontonados como reses sacrificadas.

El comandante de la policía política se encogió de hombros y llamó a uno de sus hombres para decirle.

—Las ambulancias tendrán que hacer varios viajes.

—Sí, señor.

—Tú te quedarás aquí hasta que el último cadáver haya quedado cargado en las ambulancias. Después te encargarás de limpiar el fondo de la hondonada.

—Sí, señor.

—Bien... iré a Puerto Palmeras para hablar con el ministro Pacheco.

II

EL doctor Clemente Romero estaba acostumbrado a ver sangre, muertos y toda clase de calamidades, pero como a todo hombre honrado, el asesinato le causaba horror y despertaba en él el deseo de justicia.

El doctor Carreño, Clemente Romero y otros dos médicos fueron cumpliendo con su trabajo sin poder ocultar la tristeza y el dolor que sentían.

Alrededor de los cuatro médicos estaban los soldados de las fuerzas especiales montando guardia como si temiesen que de aquel sangrante montón de cadáveres pudiese brotar un alarido de protesta.

Carreño, Romero y los otros dos médicos continuaron trabajando y reuniendo todos los objetos y documentaciones de los muertos.

Sobre una mesa de mármol se fueron amontonando carteras con documentos, con viejas fotografías familiares, crucifijos, medallas, navajas, encendedores, pitilleras y toda clase de objetos.

Uno de los médicos iba anotando los nombres que aparecían en las documentaciones, mientras otro se encargaba de tomar las huellas dactilares.

Romero sintió un estremecimiento de pánico al sacar del bolsillo de un joven el documento que justificaba su ingreso en la Universidad de Puerto Palmeras.

Aquel joven era solamente un chiquillo, pero estaba muerto. Acribillado a balazos.

Bruscamente, al separar uno de los cadáveres, Clemente Romero hizo un descubrimiento inesperado.

Un hombre vivo.

—¡Una camilla... rápido! —ordenó el doctor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carreño que estaba al otro lado del depósito.

Los charcos de sangre cubrían el suelo por completo y los doctores se habían visto obligados a ponerse botas de goma porque la sangre había calado sus zapatos.

—Tenemos a un superviviente, Carreño —contestó Romero.

—¿Qué dice usted? —preguntó asombrado un sargento de las fuerzas especiales.

Clemente Romero no se molestó en darle una contestación. Apartó al superviviente y lo examinó con gran cuidado.

Carreño se reunió con él y después de ver el rostro del hombre que se había librado de la matanza, dijo.

—Es Diego Morales... tiene una tienda de artículos náuticos en los muelles...

—Y además tiene dos balazos en el pecho —añadió Romero.

Dos enfermeros del hospital aparecieron con una camilla, mientras el sargento de las fuerzas especiales abandonaba el depósito para correr hacia uno de los teléfonos.

—Llévalo al quirófano —ordenó Carreño.

Poco después el propio director del hospital encontró a otra de las víctimas con vida.

Resultó ser un hombre llamado Sebastián Obregón, director de uno de los Bancos de Puerto Palmeras.

Obregón tenía varias heridas en el vientre, pero respiraba.

—Al quirófano —ordenó Carreño.

—Dos supervivientes... —musitó Romero secándose el sudor que resbalaba por su rostro.

De entre aquellos cuerpos ensangrentados sacaron a otros dos hombres con vida.

Cuando Romero y Carreño se inclinaron sobre el cuarto superviviente, ambos cambiaron una rápida mirada y el director del hospital murmuró en voz muy baja, para no ser oído por los centinelas de las fuerzas especiales.

—Tenemos una verdadera bomba en las manos, Romero. ¿Conoces a ese hombre?

—Es el coronel Duncan Carlos Contreras... el mayor enemigo de nuestro ministro de Defensa.

—Y además de enemigo político, enemigo personal —aclaró el

coronel Carreño.

—Tiene tres heridas y ninguna grave... pero tiene las horas contadas, porque Pacheco lo fusilará nuevamente y creo que él mismo se encargará de darle el tiro de gracia —dijo Romero.

—Nuestro deber es salvarle la vida... yo mismo me encargaré de acompañarle hasta el quirófano —contestó Carreño.

—Nuestro viejo conocido el sargento regresa para seguir husmeando —advirtió Romero.

El sargento lanzó una mirada al cuerpo del coronel Contreras... y volvió a salir del depósito de cadáveres para usar el teléfono.

—Contreras tiene un balazo en el pecho, otro en la cadera y el tercero en el hombro; el más grave es el del pecho, pero creo que lograremos salvarle la vida —dijo Carreño después de examinar el cuerpo de Contreras.

—Ha perdido mucha sangre... y la sigue perdiendo —advirtió Romero.

El cuerpo inconsciente del coronel Contreras pasó al quirófano en compañía de Diego Morales, Sebastián Obregón y Arturo Salazar.

Otros médicos, siguiendo las instrucciones del director del hospital habían puesto en servicio los otros quirófanos y todos estaban listos para operar.

—El más grave es Obregón... yo mismo me cuidaré de operarle. Tú debes operar a Contreras —dijo Carreño.

—De acuerdo.

El doctor Clemente Romero, con la ayuda de una enfermera, se despojó de las botas de goma y se preparó para operar al coronel Contreras, mientras en los otros quirófanos eran atendidos Obregón, Morales y Salazar.

En el quirófano se produjo cierto desconcierto cuando el sargento de las fuerzas especiales se negó a separarse del cuerpo de Contreras.

—Tengo órdenes del ministro Zamora y...

—Héctor Zamora mandará en el Ministerio del Interior, pero en este quirófano yo doy las órdenes, sargento... y tiene usted dos segundos para salir de aquí —dijo secamente Romero.

—Yo...

—Echadlo —ordenó Romero a los enfermeros.

Dos de ellos empujaron al sargento fuera del quirófano y lo

dejaron en el corredor.

—Colocadlo sobre la mesa de operaciones.

—Han llegado dos visitantes importantes, señor —susurró una de las enfermeras.

—No me importa... nadie debe entrar en el quirófano —contestó Romero.

—Son el coronel Pacheco y Héctor Zamora —aclaró la enfermera sin levantar la voz.

Desde el exterior no podían oír su voz, pero dentro del quirófano había varios enfermeros, ayudantes y cuatro enfermeras más... y se decía en Puerto Palmeras que los espías de Zamora estaban en todas partes.

Romero levantó la cabeza y pudo ver los rostros de los dos hombres, verdaderos responsables de la matanza, aunque no hubiesen tomado parte directa en ella.

Pero de ellos salió la orden de hacer fuego contra los desarmados y fracasados asaltantes de la base militar de El Cerro.

La puerta que daba acceso al quirófano constaba de dos hojas y en cada una de ellas había una ventanilla amplia, que permitía ver lo que pasaba en la sala de operaciones.

Los observadores que permanecían fuera del quirófano no podían ver al paciente, pero sí a los operadores y a sus ayudantes.

Normalmente, nunca se permitía a los parientes de los pacientes que se quedasen en el corredor, pero en aquella ocasión no se trataba de angustiados parientes esperando el resultado de una operación.

—Buitres... esperando caer sobre la carroña —musitó Romero.

Los dos enfermeros permanecían al lado de la puerta y a una indicación de Romero pasaron los pestillos interiores.

—Cortad las ropas del paciente —ordenó Romero, olvidándose de los hombres que estaban en el corredor.

Clemente Romero era un excelente cirujano que había adquirido fama internacional.

En la célebre Clínica Mayo de los Estados Unidos le habían ofrecido un puesto de trabajo, pagado de una forma realmente espléndida, pero Romero rechazó la oferta diciendo.

—Gracias, amigos... agradezco la distinción, pero mi país necesita médicos.

Pasó a formar parte del Hospital Militar y se le dio el grado de teniente coronel, pero todo el mundo sabía que no tardaría en convertirse en el director del centro.

Los ayudantes de Romero cortaron las ropas ensangrentadas del coronel Contreras... y del bolsillo del pantalón de éste cayó una agenda de tapas negras.

Fue a caer entre los pies de Romero, que de una forma instintiva levantó la cabeza para mirar hacia la puerta, temiendo que Pacheco, Zamora o el sargento de las fuerzas especiales se hubiesen dado cuenta de la existencia de aquella agenda.

Pero los rostros de los tres individuos permanecían tensos y en ellos solamente se reflejaba el disgusto que sentían al comprobar que cuatro hombres se habían salvado de la cruel matanza de la hondonada.

Para Clemente Romero el contenido de la agenda estaba en claro como si hubiese tenido la oportunidad de leer cada una de las hojas.

Allí estaban los nombres y direcciones de todos los hombres que de una forma o de otra habían tomado parte en la fracasada intentona de derrotar a Pacheco y a Zamora.

Y para Romero también estaba claro lo que les ocurría a aquellos hombres si la agenda caía en manos de Héctor Zamora.

La prisión... la tortura y la ejecución en cualquier sótano del viejo palacio de los gobernadores españoles.

Romero actuó con rapidez y dejándose llevar por sus instintos humanitarios.

Dejó caer una toalla sobre la agenda y después extendió la mano derecha pidiendo a la enfermera.

—Bisturí.

... Y la operación empezó.

La herida del hombro no tenía ninguna importancia, aunque la pesada bala de la ametralladora del calibre 55 había abierto dos agujeros, uno de entrada y otro de salida.

La de la cadera era más grave, porque el proyectil había quedado alojado cerca del hueso.

Con toda seguridad, aquel proyectil había alcanzado a Contreras después de haber atravesado el cuerpo de uno de sus compañeros.

La herida del pecho era mucho peor, porque la bala también estaba dentro del cuerpo, muy cerca del corazón.

—Primero sacaremos el proyectil del pecho... después el de la cadera y por último nos dedicaremos al hombro —dijo Romero.

La operación fue larga pero durante ella los hombres del corredor no se apartaron de las ventanillas de la puerta, aunque no podían ver nada.

—Listo... aunque no sabremos el resultado hasta dentro de veinticuatro horas —dijo Romero.

Se quitó los guantes de operar y rechazando la toalla que le daba una de las enfermeras se inclinó para recoger la que estaba en el suelo.

Y con la toalla recogió la agenda de tapas negras.

Clemente Romero demostró que además de carecer de nervios durante las operaciones, tampoco los tenía cuando se trataba de enfrentarse a hombres como Abel Pacheco y Héctor Zamora.

Al salir del quirófano vio, que Francisco José Carreño se encontraba en el corredor y que continuaba sudando, lo que indicaba que el director del hospital no lo estaba pasando muy bien.

—¿Cómo te han ido las cosas? —preguntó Romero, secándose manos y rostro, con la toalla... y sujetando la agenda.

—Bien...

Pacheco, al ver que Romero no le prestaba ninguna atención, dio un paso hacia adelante y preguntó.

—¿Por qué ha echado usted al sargento Guzmán del quirófano?

—Hola, coronel Pacheco, es un placer verle por aquí, desde que usted fue nombrado ministro de Defensa no había puesto las botas en este hospital... creo que tenemos la oportunidad de reclamar personalmente al ministro todo lo que hemos pedido a lo largo de muchos meses —contestó Romero, que tenía entre los dedos la agenda, aunque bien oculta por la toalla.

—Espero una respuesta —dijo Pacheco conteniendo la ira.

—Se la daré, coronel Pacheco; solamente tiene que echar una mirada al sargento Guzmán... y quizás pueda comprender que un hombre con tanta suciedad encima, no puede entrar en un quirófano... ni en muchos lugares.

Guzmán se atragantó y Héctor Zamora sonrió, diciendo a continuación.

—Romero tiene razón.

—Gracias —dijo al médico.

—¿Morirá? —preguntó Pacheco.

Romero esbozó una sonrisa en la que había mucha amargura, porque todos los parientes y amigos de los operados preguntaban lo mismo.

—¿Vivirá, doctor?

Pero Pacheco había preguntado si moriría... lo que indicaba claramente sus deseos.

—No lo sé... ha perdido mucha sangre y tiene una herida en el pecho, cerca del corazón. No puedo asegurar nada hasta que transcurran veinticuatro horas —contestó Romero.

—Los otros tres heridos vivirán —dijo Carreño.

—Ya lo veremos —contestó rápidamente Pacheco.

Hizo una seña al sargento Guzmán ordenándole.

—Saca a los cuatro heridos de aquí y llévalos al palacio del gobernador.

En aquel viejo edificio colonial estaba el Ministerio del Interior y para los habitantes de la isla se había convertido en la misma antesala del infierno.

Era fácil entrar en el palacio, pero la salida resultaba mucho más difícil.

Eran muchos los hombres que habían muerto en los sótanos del palacio... y los que salían con vida iban a morir en cualquiera de las diversas prisiones de Héctor Zamora.

—¡Un momento! —dijo Carreño, levantando la mano derecha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pacheco.

—Los heridos no están en condiciones de abandonar el hospital; morirían con bastante rapidez...

—Cuando doy una orden debe cumplirse —interrumpió Pacheco.

—Contreras no saldrá del hospital —dijo Romero con gran seguridad.

Pacheco apretó los dientes y lanzó una mirada cargada de ira y odio a Clemente Romero, pero éste no se dejó impresionar por el fiero aspecto del joven ministro de Defensa.

Héctor Zamora, más tranquilo y sosegado, parecía encontrar divertida la situación.

—Cuidado, Romero —advirtió Pacheco cuando logró controlar sus impulsos.

—Lo tengo siempre, Pacheco —contestó el médico—... en las operaciones hay que tener siempre mucho cuidado y por lo tanto, usted debe comprender que no voy a permitir que un traslado injustificado, acabe con el trabajo que termino de realizar.

—Lo mismo ocurre con los otros heridos —añadió Carreño, al que el valor de su amigo no sorprendía porque lo conocía a la perfección y sabía que nunca retrocedía cuando estaba convencido de tener razón.

—Ustedes dos me están agotando la paciencia —amenazó el coronel Pacheco.

El sargento Guzmán seguía esperando.

Clemente Romero también estaba agotando su paciencia y lo demostró al decir.

—Si quiere llevarse los cuatro heridos, coronel Pacheco, tendrá usted que firmar un documento porque nosotros no podemos correr riesgos, ya que si los heridos mueren, cosa segura si son trasladados, no queremos que después nos acusen de negligencia.

El coronel Pacheco lanzó una mirada a Héctor Zamora y éste se limitó a encogerse de hombros, como si quisiera indicar que el Hospital Militar dependía directamente del Ministerio de Defensa.

—Por otra parte, coronel Pacheco, debo decirle que quizás mañana no tenga usted problema con los heridos, porque lo más seguro es que mueran —siguió diciendo Romero.

Abel Pacheco pareció dejarse convencer por este último argumento, que le permitía una salida airosa sin tener necesidad de enfrentarse a los dos médicos.

El coronel Pacheco sabía que era el más fuerte, pero no deseaba problemas con aquellos hombres de fama internacional.

Por otra parte, Pacheco sabía que la matanza de la hondonada iba a tener una gran resonancia y que no era sensato dar otro motivo a la prensa internacional, que ya estaría lista para entrar en acción con toda la artillería pesada.

O con los grandes titulares, que venía a ser lo mismo.

—Mañana estaré aquí otra vez —dijo dando la espalda a los dos médicos.

—Y yo, porque soy un hombre muy curioso —añadió Héctor Zamora sonriendo.

El sargento Guzmán siguió a sus jefes, pero Zamora le ordenó.

—Coloca centinelas cerca de las habitaciones de nuestros enemigos. Permite solamente la entrada a los médicos y enfermeras, pero nada de visitas de amigos y parientes. ¿Comprendido, Guzmán?

—Sí, señor.

—Y coloca también patrullas en los jardines. El Hospital Militar debe convertirse en un lugar controlado por nosotros.

—Sí, señor.

Cuando los tres hombres salieron del corredor, el coronel Carreño dejó escapar un suspiro de alivio, diciendo a continuación.

—Debo confesar que Pacheco y Zamora me producen escalofríos de terror... y nos hemos librado de un arresto por verdadera casualidad.

—No, Carreño, no ha sido casualidad. Pacheco tiene muchos defectos pero no es ningún estúpido y él sabe que no puede complicar más las cosas, que por cierto, ya están bastante mal porque no sé cómo logrará justificar la matanza...

—Encontrará la forma de hacerlo, es un gran embustero, y ha cerrado todas las bocas que podían levantarse contra él. Controla los periódicos, las emisoras de radio y las de televisión, pero además expulsó a todos los periodistas extranjeros que no seguían sus órdenes.

—Se puede acabar con los hombres, pero nunca se puede exterminar la verdad —sentenció Romero.

—¿Qué pasará ahora con los cuatro supervivientes? —preguntó Carreño.

—Tenemos que pensar en la forma de salvarlos... y creo que el hombre que corre más peligro es el coronel Contreras y no me refiero a sus heridas.

—Pacheco lo ejecutará cuando tenga la menor oportunidad.

—No le daremos la ocasión de hacerlo, Carreño... y debes saber algo más.

—¿De qué se trata?... Supongo que serán más complicaciones.

—Mira... cayó de las ropas de Contreras —contestó Romero, mostrando la agenda.

—¡Dios santo! —exclamó Carreño comprendiendo lo que aquella agenda de tapas negras significaba.

—Si la encuentran en nuestro poder, nada ni nadie nos salvará.

—Vamos a mi despacho... allí hablaremos tranquilos.

—Debemos colocar a los cuatro heridos en habitaciones diferentes... y con poca luz —dijo Romero.

—¿Tienes un plan?

—Empiezo a pensar en la forma de salvar la vida a nuestros cuatro pacientes, aunque debo confesar que veo las cosas muy mal... Pacheco y Zamora no son tontos...

Poco después y cuando los cuatro heridos estaban ya en sus respectivas habitaciones, vigilados de cerca por el sargento Guzmán y sus hombres, los doctores Carreño y Romero se encerraron en el despacho del primero para examinar la situación.

... Y para lanzar una mirada al contenido de la agenda, ya que era muy posible que en ella hubiese nombres de hombres que en aquellos momentos corrían un gran peligro.

—Necesitamos ayuda... —dijo Carreño cuando terminaron de leer las hojas de la agenda.

—Sí... y creo conocer al único hombre que puede ayudarnos —contestó Romero.

—¿Quién es?

—Se llama Bart Dorsen... y es un agente del

F. B. I.

—¿Se encuentra en Puerto Palmeras?

—Esta noche debe cenar en mi casa; es un buen amigo mío y de Teresa.

—Un agente del F. B. I —repitió Carreño—... creo que si Pacheco y Zamora lo descubren, tu amigo lo pasará muy mal...

—Dorsen es un individuo muy especial... —contestó Romero sonriendo burlonamente.

—Te deseo mucha suerte... porque tanto tú, como yo, como los heridos, los hombres de la agenda y tu amigo Dorsen, vamos a tener necesidad de ella.

—Voy a ver cómo van los heridos... —dijo Romero.

Los cuatro hombres continuaban sin conocimiento pero el médico comprobó que de no aparecer complicaciones, lograrían salvar sus vidas.

—Han tenido suerte... mucha suerte y sería inhumano dejar que Pacheco y Zamora acabasen con ellos —murmuró Clemente Romero.

De aquellos cuatro hombres, el más importante políticamente era el coronel Contreras y Romero pensaba en la forma de sacarlo del hospital.

... Y del país.

Al salir de la habitación del coronel Contreras tropezó con el sargento Guzmán, que se había encargado personalmente de vigilar al más peligroso de los supervivientes.

—Si pone usted los pies dentro de esa habitación, sargento Guzmán, le aseguro que será lo último que hará en este mundo —dijo Romero, con sequedad.

—Mi deber es vigilar al prisionero.

—Y el mío es evitar una epidemia... y usted empieza a tener los síntomas de la viruela —dijo Romero.

Se alejó del sargento, sabiendo que éste iba a pasar un mal rato, porque no era muy inteligente y no tardaría en preocuparse por lo que terminaba de decirle.

Romero se encaminó hacia su despacho y allí encendió un cigarrillo, y empezó a pensar.

En el bolsillo de su bata blanca estaba la agenda de tapas negras.

III

EL agente especial del F. BI, Bart Dorsen no se encontraba en Puerto Palmeras disfrutando de unas vacaciones.

Pertenecía a una de la Divisiones de Servicios Especiales y buscaba a un hombre.

De acuerdo con los informes recibidos en la oficina central de Washington, procedentes de la Interpol, de París, se sospechaba que un individuo que usaba media docena de nombres se hallaba en Puerto Palmeras.

El

F. B. I.,

y también la Interpol buscaban a aquel individuo, porque estaba complicado en un importante contrabando de armas que iban destinadas a diversos países.

Los contrabandistas de armas no dudaban en venderlas a organizaciones terroristas sin importarles lo que estas organizaciones buscaban o se proponían.

Bart Dorsen sabía que aquellos delincuentes habían vendido armas a miembros del IRA en Irlanda del Norte, pero también vendieron la misma clase de armas a grupos protestantes.

Y grandes expediciones de armas habían llegado hasta Filipinas y el centro de África.

Eran contrabandistas... y nada más.

Solamente les importaba el dinero y no pensaban en los hombres, mujeres y niños que morían cada día en todas las partes del mundo a causa de su ambición y de su falta de escrúpulos.

El agente del

F. B. I.,

tenía órdenes concretas de la oficina central de Washington.

Tenía que establecer contacto con aquel hombre y hacer un pacto con él.

A Bart no le agradaba la misión, pero sabía que si llegaba a un acuerdo con aquel individuo, la organización de contrabandistas quedaría desarticulada.

Las órdenes de Bart Dorsen eran muy sencillas.

Algunas concesiones y un pasaporte a cambio de los nombres de los miembros de la organización Clandestina, que abastecía de armas y pertrechos militares a diversas sociedades terroristas.

Lo importante era acabar con el contrabando, aunque uno de los contrabandistas lograra escapar.

Era difícil capturar a aquel hombre que después de recorrer medio mundo se había ocultado en Puerto Palmeras.

Bart Dorsen podría encontrarlo, pero para detenerlo tendría que pedir la intervención de la policía local y después, para que el individuo pudiese ser juzgado en los Estados Unidos, sería necesario un largo trámite porque la extradición no era una cosa fácil.

Lo más sensato era llegar a un acuerdo con aquel hombre.

Bart Dorsen esperaba una llamada telefónica porque un viejo pescador le había dicho que aquella misma tarde le daría una valiosa información.

Eran las cinco, veinte minutos y tres segundos de la tarde cuando las palomas levantaron el vuelo asustadas por las ráfagas de ametralladora.

El agente del
F. B. I.,

también se asustó, porque no esperaba aquellos disparos.

—Prácticas de tiro —murmuró mientras observaba el aterrado vuelo de las palomas—... pero podían haber avisado.

Encendió un cigarrillo y lanzó una mirada al teléfono, como si quisiera asegurarse de que continuaba sobre la mesa.

Las ráfagas siguientes ya no le causaron ningún sobresalto porque las esperaba.

Bart estaba alojado en uno de los hoteles de Puerto Palmeras y desde las ventanas de su habitación podía ver el mar y los elevados acantilados de Punta Arenas.

... Y bruscamente el timbre del teléfono sonó con fuerza.

El agente del

F. B. I.,
casi se lanzó sobre el aparato, y después de descolgar el auricular, dijo.

—Adelante, Pedro.

—¿Cómo sabía que era yo? —preguntó el viejo pescador.

—No esperaba otra llamada, Pedro. ¿Ha logrado usted saber algo importante?

—Sí, pero me ha costado los cien dólares que usted me dio.

Bart sonrió. El pescador era un viejo zorro capaz de sacar dinero a su propia sombra.

—Si la información es buena, le daré los cien dólares... más otros cien.

—Trato hecho.

—Y supongo que también me cobrará usted esa llamada telefónica.

—Es un regalo que le hago.

—Puede decirme lo que sepa, Pedro.

—El hombre que usted busca se hace llamar José Pinazo y vive en el barrio marinero, a la izquierda del puerto, en una calle estrecha...

—Adelante, Pedro.

—¿Vale doscientos dólares la información que le estoy dando? —preguntó el pescador.

—Sí.

—Creo que podría usted llegar hasta los doscientos cincuenta... verás, es el precio de una lancha que me gusta y...

—Tendrá los doscientos cincuenta —interrumpió Bart.

—La calle se llama al «callejón del Cangrejo»...

—Callejón del Cangrejo —repitió Bart.

—Y el hombre vive en una pequeña casa...

—¿Qué número tiene?

—No hay numeración en el callejón, pero la casa es inconfundible, porque tiene la fachada de color verde y las ventanas son rojas... y no me pregunte quién tuvo la idea de escoger esos colores porque nadie lo sabe.

—De acuerdo, Pedro, puede pasar a recoger sus doscientos cincuenta dólares cuando quiera. Los dejaré en el vestíbulo del hotel, dentro de un sobre a nombre de usted.

—Pasaré a recogerlos antes de una hora.

Cuando Bart colgó el auricular, las sirenas de las ambulancias militares aullaban con toda su estridencia.

—No debían ser prácticas de tiro... quizás se haya producido algún accidente grave... —pensó el agente especial del

F. B. I.,

mientras colocaba la pistola en la funda sobaquera.

Cuando abandonó el hotel, después de dejar el sobre en manos del conserje, observó que las calles de Puerto Palmeras estaban desiertas.

Pero no le preocupó demasiado porque en la isla las costumbres eran muy diferentes a las de los Estados Unidos.

Aquella noche Bart tenía que cenar en casa del doctor Clemente Romero, al que conocía desde hacía varios años, pero el agente del FBI sabía que la cena sería tarde... siempre a partir de las diez, cosa inusitada en los Estados Unidos.

Sin embargo, a Bart le gustaba la vida de Puerto Palmeras y las horas alegres de la noche, donde todo el mundo parecía salir de sus casas para ir en busca de la fresca brisa nocturna.

—Bien... creo que debo ir en busca de Pinazo... o cómo diablos se quiera llamar —murmuró.

El hombre que en Puerto Palmeras decía llamarse José Pinazo, había usado otra media docena de nombres; uno diferente en cada país donde había estado.

Pero su verdadero nombre era Karl Meyer.

El Callejón del Cangrejo olía a brea.

Por todas partes había redes colgadas y cerca de la playa un grupo de mujeres se dedicaba a reparar una red de grandes dimensiones.

Bart no tuvo necesidad de hacer ninguna pregunta para encontrar al edificio que le interesaba.

La chillona fachada pintada de color verde, con las ventanas rojas apareció ante sus ojos cuando pisó las piedras que formaba el suelo del callejón.

Piedras grandes y desiguales, resbaladizas por la humedad y donde era fácil romperse una pierna.

Bart se acercó a la casa verde y se detuvo antes de llegar a ella

para lanzar una mirada a las rojas ventanas.

Creyó ver la sombra de un hombre detrás de una de ellas, pero las cortinas le impidieron asegurarse de ello.

Se acercó a la puerta, que también estaba pintada rabiosamente de rojo y al ver que no había llamador de ninguna clase, la golpeó con los nudillos.

Pero no obtuvo contestación.

Volvió a llamar y poco después oyó el chirrido que produjo una de las ventanas al abrirse.

Levantó la cabeza para mirar hacia arriba y preguntar por Pinazo, cuando descubrió el cañón de una pistola que apuntaba directamente hacia él.

De una forma instintiva saltó hacia atrás, mientras su mano derecha iba en busca de la pistola.

Desde la ventana hicieron dos disparos contra el agente del
F. B. I.

Uno de los proyectiles se hundió muy cerca de los pies de Bart, pero el otro rebotó en una de las piedras y se perdió en el aire produciendo un alargado quejido.

Bart apretó el gatillo y como un eco al estampido del disparo un hombre emitió un lamento de, dolor.

El agente del

F. B. I.,

oyó también el sordo golpe que produjo un cuerpo al caer.

Bart estaba en el centro del callejón, completamente al descubierto, pero no se produjeron más disparos y la pistola había desaparecido de la ventana.

Algunas mujeres miraron a Bart, pero nadie intentó acercarse al agente del

F. B. I.

Bart empujó la puerta pintada de rojo y penetró en la vivienda.

En el piso superior encontró al hombre que había seguido a lo largo de muchas semanas y a través de diversos países.

Pero aquel hombre se estaba muriendo.

El único proyectil disparado por el agente del

F. B. I.,

lo había alcanzado en el pecho, muy cerca del corazón y la herida era mortal.

—No... tuve suerte... —musitó Meyer al ver a Bart.

—No debiste disparar, tenía que hacer un trato contigo, Meyer...

—¿Qué trato?

—Tengo un pasaporte para ti... e incluso dinero, a cambio de información.

Meyer sonrió con gran amargura, y dijo.

—Pensé que... ibas a detenerme...

—Llamaré a un médico.

—Es tarde... encontrarás todo lo que quieres en el doble fondo de mi maleta... pero creo que lo pasarás muy mal...

—¿Por qué?

—Te acusarán de asesinato... aquí no tienes... autoridad...

—La policía siempre me escuchará.

—La de aquí... es muy rara... no quieren... a los yanquis... y creo que desde el fondo... de mi tumba... me reiré mucho... cuando te metan en... la cárcel... y si logras escapar, también me reiré... porque irán a la cárcel... los tipos que me pagaban...

El cuerpo de Meyer sufrió una fuerte contracción y después quedó inmóvil para siempre.

Bart buscó la maleta de Meyer y la encontró bajo la cama. Del doble fondo sacó un abultado sobre y después de lanzar una mirada a los documentos que contenía, murmuró.

—Es todo lo que el

F. B. I.,

necesita... pero empiezo a creer que Meyer tenía razón; tendré complicaciones con la policía de Puerto Palmeras.

Dentro de la maleta había también una gran cantidad de dinero.

—Dólares... y a simple vista creo que hay alrededor de los cincuenta mil... —dijo Bart a media voz.

Después de un corto titubeo decidió llevarse aquel dinero porque recordó que Karl Meyer había intervenido en algunos asaltos en los Estados Unidos.

Después de guardarse el valioso sobre que contenía toda la información sobre la red de contrabandistas de armas y el dinero, el agente del FBI abandonó la casa dejando el cadáver de Meyer en ella.

Al salir del edificio se enfrentó a un nutrido grupo de hombres y mujeres.

La mano de Bart se apoyó en la culata de la pistola, pero nadie intentó atacarle.

Hombres y mujeres se apartaron para dejarle paso en medio de un silencio impresionante, que resultaba más amenazador que todos los insultos y gritos.

Bart consultó la hora en su reloj cuando abandonó el Callejón del Cangrejo.

Las seis y diez minutos.

Continuó caminando pensando que no podía correr riesgos innecesarios, porque la información que tenía en uno de sus bolsillos era de vital importancia para su país.

—Meyer tenía razón... en Puerto Palmeras soy un extraño y debo confesar que a los americanos del norte no nos miran con mucha simpatía... —murmuró Bart mientras caminaba con cierta lentitud.

Había matado a un hombre y había un montón de testigos, que si eran interrogados por la policía dirían que lo habían visto entrar en la casa de la fachada verde.

Entrar y salir.

Pensó que el embajador de los Estados Unidos podría aclarar las cosas... pero también era posible que se pasase un par de meses en alguna de las cárceles de Héctor Zamora.

Y Bart tenía una gran información sobre lo que ocurría en las cárceles de la isla.

—Iré a la embajada y hablaré con el embajador... veré la forma de salir de Puerto Palmeras lo antes posible... —murmuró mientras cambiaba de dirección.

Un taxi amarillo se detuvo cerca de él y una mujer de edad avanzada descendió del vehículo.

Bart, al ver que el taxi quedaba libre subió a él, diciendo.

—A la Avenida 30 de Mayo, amigo.

—Ahora mismo —contestó el taxista.

Al salir del barrio marinero, el taxista dijo.

—Usted debe ser un tipo muy valiente y decidido.

—¿Por qué? —preguntó Bart.

—Las cosas están mal en la ciudad. Hay soldados por todas partes y fuerzas especiales de la policía detienen a mucha gente.

—¿Por qué?

—Han intentado apoderarse de la base militar de El Cerro... dicen que hay millares de muertos y que la represión será muy dura.

Millares de muertos...

Como siempre, la noticia al pasar de boca en boca se iba hinchando como un globo y cada hombre o mujer añadía algunos muertos por su cuenta y riesgo.

—Oí disparos...

—Sí... dicen que fue cosa de los yanquis.

—¿De los yanquis?... no comprendo.

Bart hablaba un castellano excelente, sin el menor acento y como tenía el cabello y los ojos negros, nadie podía pensar que había nacido en Fort Benton, estado de Maine.

—Dicen que los yanquis pagaron a un grupo de mercenarios para que desembarcasen en una de las playas y atacasen la base militar de El Cerro.

—No creo que millares de hombres pudiesen desembarcar en ninguna parte.

—Quizás desembarcó un grupo pequeño y algunos millares de hombres de la isla, descontentos con el gobierno actual se unieron a ellos.

—Es posible.

—Nadie puede salir de la ciudad; hay controles en todas partes y han sido cancelados todos los vuelos. Estamos en estado de guerra.

—Comprendo.

Las palabras del taxista preocupaban al agente del F. B. I.,

porque si los vuelos habían sido cancelados, era de esperar que también las salidas de los vapores hubiese sido anulada.

—Las cosas deben estar muy mal... —dijo el taxista.

—¿Por qué? —preguntó una vez más Bart saliendo de sus pensamientos.

—La embajada de los Estados Unidos está rodeada por las fuerzas especiales del ministerio del Interior. No me extrañaría nada que el embajador fuese expulsado...

Bart comprobó que el taxista tenía razón.

La embajada parecía que estaba sitiada por los hombres de Héctor Zamora.

—Pare aquí, amigo —dijo Bart, cuando la embajada quedó atrás.

Pagó al taxista y después se dirigió hacia un hotel, observando que en las calles había escaso movimiento.

Al acercarse al hotel descubrió a Pedro que le hacía señas desde la entrada de un callejón.

—Es mejor que no vaya al hotel —dijo el viejo pescador por todo saludo.

—¿Qué ocurre?

—La policía está allí.

—Tiene perfecto derecho.

—Le están esperando a usted, para detenerlo.

—¿Por qué?

—Asesinato... y además saben que usted es yanqui y como se ha producido un intento por apoderarse de la base militar de El Cerro, las cosas están que arden.

—Pero...

—Si la policía lo detiene, no daría ni un coco por la piel de usted.

—No he asesinado a nadie. Maté a José Pinazo en defensa propia y...

—Pinazo tenía muy buenos amigos entre los hombres de Héctor Zamora y éstos querrán cobrarse la muerte de su amigo, por lo tanto, la salvación de usted está en desaparecer ahora mismo y esperar a que las cosas se arreglen... si es que se arreglan algún día.

—¡Gracias, Pedro!

—Ya tengo el dinero... terminaba de recogerlo cuando apareció la policía. Si me necesita, ya sabe usted donde puede encontrarme.

—Sí, Pedro.

Bart se alejó del hotel y se encaminó hacia la vivienda del único amigo que tenía en Puerto Palmeras.

Un taxi lo llevó hasta la zona residencial y poco después llamaba a la puerta de la vivienda del doctor Clemente Romero.

IV

TERESA, la esposa de Clemente Romero abrió la puerta y al ver al agente del F. B. I., dijo.

—No te esperaba tan pronto.

—¿Puedo pasar? —preguntó Bart.

—Sí.

—¿Dónde está Clemente? —preguntó Bart cuando Teresa cerró la puerta.

—En el hospital.

—Tengo que hablar con él lo antes posible, porque creo que estoy metido en un lío.

—No tardará en llegar. Lo llamaron con gran urgencia esta tarde...

—Algo muy grave debe haber ocurrido en alguna parte de la ciudad.

—Sí... la radio y la televisión han dicho que ha fracasado un intento de derrocar el gobierno.

—Me busca la policía, Teresa y no puedo llegar hasta la embajada, las fuerzas especiales la tienen rodeada.

—No me extraña, Bart, la radio y la televisión acusan a los Estados Unidos de haber organizado el asalto a la base militar de El Cerro.

—No creo que mi país haya intervenido.

—Ni yo, pero Pacheco y Zamora no se detienen ante nada. Saben que no cuentan con las simpatías de nadie y están imponiendo sus leyes por medio del terror.

—Sin embargo, Octavio Silva es un verdadero patriota y un

hombre honrado —dijo el agente del
F. B. I.

—Silva no es más que un prisionero de Pacheco y Zamora. No me extrañaría nada que lo asesinasen, y Pacheco se nombrase presidente de la nación.

—La situación es grave... pero yo no estoy aquí para intervenir en los asuntos políticos de esta nación. Debo regresar a los Estados Unidos lo antes posible porque he cumplido con mi misión.

—No podrás salir, Bart —aseguró Teresa.

—Lo sospecho, un taxista me ha dado toda la clase de detalles.

—Toma asiento y te serviré un *whisky*.

Bart asintió con la cabeza y fue a sentarse cerca de una de las ventanas.

Teresa le sirvió el *whisky* y le dijo.

—Estoy preparando la cena, tendrás que disculparme.

—No te preocupes.

—Supongo que Clemente no tardará en llegar.

—Esperaré, no puedo hacer otra cosa. Me siento como un pez dentro de una pecera... puedo ver lo que ocurre a mi alrededor, pero no puedo intervenir en nada.

—Te dejaré la televisión encendida...

—Gracias.

Pero la televisión no le sirvió de gran ayuda, porque todas las noticias que dieron no tenían ningún sentido.

Hablaron de un desembarco de «rebeldes», apoyados por el capitalismo yanqui y también dijeron que el intento de derrocar el gobierno había fracasado y que se tomaban todas las medidas necesarias para impedir que los responsables pudiesen escapar de la nación.

—Todo es mentira —dijo la voz de Clemente Romero.

—Hola, no te he oído llegar —contestó Bart poniéndose en pie para estrechar la mano de su amigo.

—Estabas muy interesado con las noticias —dijo el doctor Romero cerrando la televisión.

—Sí, tienes razón.

—Yo te contaré la verdad... y debo decirte que necesito tu ayuda.

—Y yo la tuya, estoy metido en un buen lío.

—Lo sé... tengo buenos amigos en el Ministerio del Interior, y sé que en estos momentos toda la policía de Héctor Zamora te está buscando.

—¿De qué me acusan?

—Asesinato... robo y asesinato, pero además te mezclarán en lo ocurrido en la base militar de El Cerro.

—¡Pero será injusto! —exclamó el agente del FBI.

—Lo sé, pero hoy se han cometido muchas injusticias y mucho me temo que se cometerán más.

Teresa, que había oído el coche de su esposo, entró en el salón llevando un vaso de *whisky* en la mano, que entregó al doctor después de ofrecerle los labios para que él los besase.

—Creo que tú también necesitas un trago —dijo Teresa.

—Eres una mujer muy inteligente —contestó Romero, esbozando una sonrisa en la que se mezclaban la amargura y el cansancio.

—Os dejo solos, porque supongo que tendréis que hablar.

Teresa regresó a la cocina y Romero, después de encender un cigarrillo siguió diciendo.

—La situación es grave, Bart e incluso te diré que es desesperada.

—¿Qué es lo que realmente ha ocurrido?... he oído mil historias diferentes, desde un desembarco hasta una sublevación con miles de muertos.

—Todo es falso. Escucha...

Clemente Romero hizo un detallado relato de lo ocurrido en la base militar de El Cerro, explicando también el hecho de que cuatro hombres se hubiesen librado de la matanza.

Bart escuchaba en silencio, sin hacer comentarios pero mantenía el ceño fruncido y en sus ojos aparecían destellos de ira.

—Tenemos a los cuatro hombres en el hospital militar, pero Pacheco los sacará de allí mañana por la tarde, cuando hayan transcurrido las veinticuatro horas que le dije que eran necesarias.

—¡Fue un asesinato en masa...!, los tanques dispararon contra hombres desarmados —dijo solamente Bart cuando el médico terminó de hablar.

—Aún hay más, Bart. Se trata de algo muy importante... —añadió Romero sacando la agenda de tapas negras de uno de los

bolsillos de su chaqueta.

—¿Qué has encontrado? —preguntó el agente del
F. B. I.

—Una verdadera bomba «H». Toma, Bart, echa una mirada al contenido de esta agenda y no te asustes al encontrar nombres muy conocidos —contestó Romero dejando la agenda en manos del agente especial del

F. B. I.

Éste leyó varios nombres y después levantó la cabeza y mirando a Romero preguntó.

—¿Dónde las has encontrado?

—Cayó de las ropas de Contreras... y Pacheco y Zamora estaban a mi espalda.

—No te vieron recogerla, si lo hubiesen visto, tú no estarías ahora aquí, fumando, bebiendo *whisky* y charlando conmigo.

Bart continuó examinando las hojas de aquella agenda y al terminar, solamente dijo.

—Es realmente una bomba.

—Como has podido comprobar, hay nombres muy conocidos... y entre ellos, hay media docena de hombres de tu país.

—El coronel Duncan Carlos Contreras es un hombre muy respetado y admirado en los Estados Unidos... y es lógico que tenga muy buenos amigos en mi país.

—Lo sé... pero también tú sabes lo que puede ocurrir con los amigos de Contreras.

—Lo sospecho.

—En el mejor de los casos, les espera la cárcel.

—Debes destruir esta agenda —dijo Bart con gran firmeza.

—No... —contestó Romero con no menos firmeza—... no puedo destruirla, el coronel Contreras la necesitará.

—¿Cuándo?... tú y yo sabemos que Contreras será ejecutado cuando Pacheco lo tenga en sus manos. En estos momentos, Héctor Zamora debe estar preparando la más segura de las mazmorras que tiene en los sótanos del viejo palacio del gobernador español.

—Con tu ayuda, salvaremos a Contreras.

—¡Estás loco! —exclamó el agente del

F. B. I.

—No lo creas... mi plan no puede fallar.

—¿Qué te propones?

—Sacar a Contreras de Puerto Palmeras... y de la isla.

—Tú mismo me has dicho que hay hombres de las fuerzas especiales vigilando las habitaciones de los supervivientes y rodeando el hospital.

—Es cierto, pero nadie se preocupa de vigilar a un muerto.

—¿Un muerto?... es mejor que hables con toda claridad.

—Para un par de médicos como Carreño y yo, es fácil «matar» un paciente...

Romero dio una entonación especial a la palabra «matar», que el agente del

F. B. I.,

comprendió perfectamente.

—Te propones crear una falsa muerte en Contreras —dijo Bart.

—Sí... y no será difícil. Desde el primer momento dije que estaba muy grave. Lograremos, crearle los síntomas de la muerte... y tanto Pacheco como Zamora no descubrirán la treta, aunque se dediquen a tomarle el pulso a Contreras.

—¿Qué piensas hacer con el coronel?

—Hibernación artificial [2] —contestó el doctor Romero.

—¿Crees que Pacheco y Zamora caerán en la trampa? —preguntó el agente del

F. B. I.,

después de una corta pausa.

—Sin ninguna clase de duda, Bart. Por otra parte ellos desean ver muerto a Contreras y ese mismo deseo nos ayudará a Carreño y a mí.

—Vais a correr un gran peligro.

—Se trata de nuestra patria, Bart... y tú, por la tuya, corres riesgos a diario.

—Es diferente.

—No lo es.

—¿Qué harás cuando Pacheco y Zamora se hayan convencido de la muerte de Contreras?

—Lo sacaré del hospital... y tú te harás cargo de él.

—¡Estás loco!

—No. Escucha, Bart, tú no puedes permanecer aquí...

—Puedo esperar a que la situación vuelva a la normalidad y

salir de Puerto Palmeras en el primer vuelo que vaya a los Estados Unidos.

—Estás acusado de robo y asesinato y para Héctor Zamora tu vida no vale ni un centavo, la ejecución de un yanqui sería una victoria publicitaria...

—El Gobierno de los Estados Unidos...

—Solamente podría presentar una queja y colocar una corona de flores sobre tu tumba —interrumpió Romero.

—Tienes razón —admitió, Bart después de una larga pausa.

—Tú eres un hombre de acción y encontrarás la forma de sacar a Contreras de aquí... pero además, quiero que hagas otra cosa.

—¿De qué se trata?

—De la hija de Contreras...

—¿Ella está en Puerto Palmeras?

—Sí, y no quiero que caiga en manos de Pacheco y Zamora.

—Ya se habrán apoderado de ella.

—No... no harán nada mientras crean que tienen a Contreras, pero cuando éste haya «muerto», lo más seguro es que quieran a la mujer para hacerla hablar.

—¿Dónde está?

—Contreras entró clandestinamente en la isla, pero su hija no. La encontrarás en una pequeña casa en el Barrio Alto... te haré un pequeño mapa para que puedas llegar hasta allí.

—Es muy posible que ella no quiera acompañarme.

—Te daré una nota para ella.

Mientras el doctor Romero empezaba a trazar el pequeño mapa, Bart dijo.

—Creo que estás muy bien informado de lo que ocurre en Puerto Palmeras.

—Un hospital es como un mercado allí se entera uno de muchas cosas.

—No lo dudo, pero me sorprende que tu nombre no esté en la agenda de Contreras.

—¿Por qué?

—Porque tú eres un verdadero revolucionario... en el buen sentido de la palabra.

—Soy médico, pero debo admitir que las injusticias y los abusos de poder y fuerza me enfurecen. Por otra parte, tanto Pacheco como

Héctor Zamora, me alteran los nervios y deseo verlos fuera del gobierno de mi país.

—Estamos de acuerdo... pero por ahora ellos tienen el poder.

—Y la fuerza —añadió Romero.

—¿Cómo va tu plano?

—Está listo. Mira, Bart, la vivienda de Elena Contreras está en este lugar... —contestó el médico, apoyando un dedo en un círculo que él mismo había trazado.

Empezó a dar explicaciones al sargento del

F. B. I.,

que las siguió con gran interés y terminó la explicación diciendo.

—Ahora escribiré la nota para ella... y solamente espero que Pacheco y Zamora no se nos adelanten.

—¿Por qué no la llamas por teléfono?

—Porque tanto el de ella como el mío deben estar intervenidos. Héctor Zamora no deja nada al azar y tendré más dificultades con él que con Pacheco, aunque la «muerte» de Contreras será una verdadera obra de arte.

—¿Crees que Contreras estará en condiciones de emprender un viaje?

—Habrá que esperar unos días... pero tú estarás muy ocupado, Bart.

—Lo sospecho.

—Tendrás que adquirir una embarcación lo suficiente potente para que pueda llegar hasta las costas de los Estados Unidos.

—Una embarcación es cara...

—Tengo dinero y puedo obtener grandes cantidades con cierta facilidad.

Antes de que Bart pudiese hacer ningún comentario, apareció Teresa, diciendo.

—La cena está servida.

—Seguiremos hablando más tarde —indicó Romero.

Teresa era una mujer con un tacto exquisito y después de servir el café y los licores desapareció del comedor para que los dos hombres pudiesen seguir hablando.

—Te proporcionaré un coche pequeño, pero rápido y potente... y también te daré una documentación, no debes olvidar que ahora

estás fuera de la ley —dijo Romero.

—Debo confesarte que no llego a comprender mi situación actual. Maté a un hombre, es cierto, pero lo hice en defensa propia y había algunas mujeres que vieron cómo Karl Meyer disparaba contra mí.

—Nadie declarará la verdad, Bart, pero los hombres de Héctor Zamora se encargan de encontrar los testigos adecuados.

—Adecuados a los propósitos de Zamora —comentó el agente del

F. B. I.

—Sí... Zamora tiene espías, colaboradores y esbirros en todas partes. Estamos viviendo una época parecida a la que tuvieron que vivir en Alemania durante los tiempos de Hitler o en Rusia durante las purgas de Stalin.

—Estás corriendo un gran riesgo al ayudarme, Clemente...

—Lo corrí al esconder la agenda de Contreras, pero era mi deber. En estos tiempos, todos debemos correr riesgos... como los corrieron los hombres que esta tarde fueron asesinados en la hondonada.

—No tienes que mantener oculto a Contreras, necesitarás un lugar seguro.

—Lo tengo y en él podéis estar todos.

—¿A quién incluyes en ese «todos»? —preguntó el agente del

F. B. I.

—A Contreras, a su hija, a ti... ya algunas personas más que deben abandonar la isla lo antes posible.

—Lo sospechaba.

—Vamos a ver que dice el último boletín informativo de la televisión. No dirán la verdad, pero quizás logremos saber algunas cosas más.

Los dos hombres abandonaron el comedor y fueron al salón, donde el médico conectó el aparato de televisión.

—No tardarán mucho en dar las últimas noticias —dijo Romero después de consultar la hora.

—Y como siempre, serán malas noticias.

... Y Bart Dorsen no se equivocó.

La primera noticia que leyó el locutor dejó sin aliento a los dos hombres.

«—El presidente Octaviano Silva ha sido asesinado esta misma noche. Los asesinos, tres yanquis llamados Phil Holger, Hale Morley y Bart Dorsen, son agentes de la

C. I. A.,

pagados por el dinero del capitalismo yanqui...».

Bart y Romero cambiaron una significativa mirada, pero no hicieron ningún comentario, porque el locutor seguía diciendo.

«—... Holger y Morley han sido abatidos por la eficaz policía del ministro del Interior, pero Bart Dorsen ha logrado escapar... a continuación daremos una descripción del asesino y mostraremos unas fotografías del mismo...»

—Holger era un simple periodista que nunca tuvo tratos con los agentes de la C. I. A; en cuanto a Morley solamente se dedicaba a inversiones agrícolas.

—... Y tú eres agente del

F. B. I.

—Sí.

—El plan de Pacheco y Zamora es perfecto. Ellos han asesinado a Silva y culpan a los yanquis... y con la muerte de Silva, tienen las manos libres, y Pacheco será nombrado presidente de la nación...

—No estoy dispuesto a permanecer con los brazos cruzados —dijo Bart que no podía dominar su ira.

—De acuerdo.

—Vamos... te llevaré hasta el sitio donde está el coche que vas a utilizar.

Los dos hombres salieron de la vivienda del médico, mientras el locutor de la televisión continuaba leyendo noticias.

... Y la única que era cierta, era la de la muerte de Octaviano Silva.

V

BART Dorsen detuvo el coche a poca distancia de la vivienda de Elena Contreras.

Eran las doce y cuarenta y cinco minutos de la noche.

Pero Puerto Palmeras no descansaba.

En diversos lugares de la ciudad se estaban produciendo tiroteos y ardían tres edificios.

Las fuerzas especiales de la política de Héctor Zamora recorrían la ciudad y estaban llevando a cabo un elevado número de detenciones.

Abel Pacheco y Héctor Zamora habían iniciado la aniquilación de la oposición.

Bart, conduciendo el pequeño coche europeo que le había proporcionado se había cruzado con gran número de patrullas de las fuerzas especiales, pero tuvo la suerte de poder eludirlas ya que el plano hecho por Romero era perfecto.

El Barrio Alto de Puerto Palmeras formaba la parte más antigua de la ciudad y en él había un elevado número de edificios que eran verdaderas obras del arte colonial.

Se alzaba detrás del viejo palacio del gobernador español y estaba formado por estrechas calles mal iluminadas, pero alrededor del Barrio Alto se habían construido viviendas de una sola planta, provistas de jardines y modernas.

Las nuevas construcciones formaban un cinturón alrededor del Barrio Alto, como una barrera protectora contra la invasión de más construcciones menos adecuadas.

Elena Contreras ocupaba una de esas viviendas y Bart, que había detenido el coche en una de las estrechas calles del Barrio Alto, podía ver las iluminadas ventanas de la casa de la hija del coronel

Contreras.

Una avenida con árboles a ambos lados separaba al agente del F. B. I., de la elegante vivienda de Elena Contreras.

Aquella zona contaba con muy pocos puntos de luz y un largo tramo de la amplia avenida estaba sumido en la más completa oscuridad.

Bart se apartó de su coche y recorrió algunos metros, hasta situarse delante mismo de la vivienda de la hija del coronel Contreras.

... Y cuando iba a cruzar la avenida descubrió uno de los *jeep* de la policía política de Héctor Zamora, el peligroso ministro del Interior.

El automóvil estaba cerca de la casa de Elena, en la zona más oscura y donde no llegaba el resplandor de las luces de las ventanas.

El *jeep* estaba solo y el agente del F. B. I. cruzó la avenida y se acercó a él.

—El motor aún está caliente... es de suponer que los ocupantes no estén muy lejos —musitó Bart.

Buscó la protección de la oscuridad y miró a su alrededor, tratando de adivinar donde podían estar los hombres de la policía política.

Solamente había luz en las ventanas de otras tres casas además de la de Elena.

La lógica y el sentido común indicaban que la policía solamente podía estar en casa de la hija de Contreras, aunque aquélla era una noche donde todos los hombres y mujeres de Puerto Palmeras corrían el peligro de recibir la poco grata visita de los hombres de Zamora.

—Es mejor esperar... —pensó Bart.

De una forma instintiva su mano derecha acarició la culata de la pesada pistola que llevaba en la funda.

Se apoyó en el tronco de un árbol, a escasa distancia del abandonado *jeep*.

Y no tuvo que esperar mucho.

La puerta de la casa de Elena Contreras se abrió y un chorro de

luz inundó el jardín delantero.

Un hombre con el uniforme de las fuerzas especiales de Zamora apareció en el umbral.

Iba armado con una pistola ametralladora y mantenía el dedo en el gatillo.

—Todo está bien —dijo después de lanzar una mirada al jardín.

Otros dos hombres aparecieron en el umbral... y entre ellos iba una mujer.

Bart no tuvo tiempo de fijarse en la mujer porque los tres individuos empezaron a moverse.

En primer lugar avanzó el hombre de la pistola ametralladora que además era el único que iba uniformado, ya que los otros dos vestían prendas de paisano.

Ninguno se molestó en cerrar la puerta de la vivienda, como si quisieran aprovechar la luz para cruzar el jardín.

Elena Contreras caminaba entre los dos policías de paisano sin ofrecer ninguna resistencia, como si se resignase a correr su suerte sin tratar de librarse de ella.

Bart pensó que su amigo Clemente Romero se había equivocado al pensar que Pacheco y Zamora iban a dejar tranquila a Elena, mientras creyesen que el coronel Contreras estaba en poder de ellos.

—Por lo visto, Pacheco y Zamora piensan usar a Elena para obligar a Contreras a decir todo lo que sabe... e incluso lo que no sabe —murmuró Bart.

Y bruscamente decidió estropear los planes de Pacheco y Zamora.

—No me importa que me busquen por un delito más... ya me acusan de robo y asesinato, además del asesinato de Octavio Silva. Ahora me acusarán con verdadera razón —pensó el agente del F. B. I.,
desenfundando la pistola.

No quería matar a nadie... pero tampoco estaba dispuesto a servir de blanco a los hombres de Zamora.

—Andando, muchacha —gruñó uno de los hombres de paisano propinando un salvaje empujón a Elena.

Ésta perdió el equilibrio y cayó sobre una de sus rodillas dejando escapar un gemido de dolor.

Los dos hombres de paisano se detuvieron mientras el tipo de la

pistola ametralladora continuaba caminando hacia el *jeep*.

—¡En pie, estúpida! —ordenó el individuo que había empujado a Elena.

El policía uniformado estaba muy cerca de Bart.

Éste quedaba oculto por el tronco del árbol y cuando el individuo se inclinó hacia adelante para dejar la pistola ametralladora sobre uno de los asientos del *jeep*, el agente del

F. B. I.,

entró en acción.

Levantó el brazo derecho y descargó un fuerte golpe en la nuca del policía político, usando el cañón de la pistola como improvisada maza.

El hombre se desplomó de bruces sobre el asiento delantero sin haber lanzado ni un sordo gemido.

Los otros dos individuos no se habían dado cuenta de lo ocurrido, porque estaban pendientes de Elena, que se incorporaba con gran lentitud.

—Estamos perdiendo demasiado tiempo —gruñó uno de los hombres de Zamora.

—¡En pie de una maldita vez! —exclamó el otro aferrando a Elena por un brazo.

Por último, la hija del coronel Contreras pudo incorporarse.

—Quietos, amigos —dijo tranquilamente Bart, abandonando la protección del árbol.

—¡Eh! —exclamó solamente el hombre que había empujado a Elena.

El otro tenía una mente más despierta y ágil, lo que le permitió adivinar lo ocurrido y saltando hacia un costado sacó la pistola.

Bart comprendió que no podía correr riesgos, porque era muy posible que hubiese otros *jeep* con policías por los alrededores.

Por otra parte, un tiroteo podía tener consecuencias fatales para Elena.

Y el agente del

F. B. I.,

disparó una fracción de segundo antes que su enemigo.

El proyectil del policía político salió alto y se perdió entre las hojas del árbol que había servido de protección a Bart Dorsen.

Pero cuando el hombre al servicio de Zamora apretó el gatillo, el

proyector de Bart ya se había alojado en su pecho.

—Quieto —ordenó secamente Bart apuntando al otro individuo.

Éste obedeció la orden porque sus ojos estaban fijos en el cuerpo de su compañero, que había rodado por el suelo al recibir el impacto del proyectil.

Bart se acercó a él y de un solo golpe con el cañón de la pistola se libró de él.

—Vamos —dijo cogiendo la mano de Elena.

Ésta se dejó llevar hasta el pequeño coche europeo sin hacer ninguna pregunta.

—Toma asiento... y no te muevas, antes de salir de aquí quiero asegurarme de que no hay enemigos, por los alrededores.

—Sí —contestó solamente ella.

Bart observó la amplia avenida y comprobó que continuaba desierta... al menos en apariencia.

—Esta noche nadie se asombra de los disparos... incluso los mismos policías creen que han sido compañeros suyos los que han hecho fuego... —murmuró el agente del

F. B. I.

Sabía que su situación había empeorado, porque había matado a uno de los hombres de las temidas fuerzas especiales de Héctor Zamora.

El individuo del uniforme no podría acusarle porque no había llegado a verle, pero el otro sí había tenido la oportunidad de ver su rostro.

Había muy poca luz cerca del *jeep*; solamente la que brotaba de la vivienda de Elena a través de la abierta puerta, pero aquel individuo no tendría ninguna dificultad en reconocerle cuando le mostrasen las fotografías que tenía el ministerio del Interior.

Bart había llegado a Puerto Palmeras en uno de los vuelos regulares procedentes de los Estados Unidos, y recordó que en el aeropuerto había un hombre que se dedicaba a fotografiar a los pasajeros.

Bart se dio cuenta de que aquel individuo era un miembro de la policía política, pero no le preocupó el hecho de que le tomase un par de fotografías.

Por otra parte, el agente del

F. B. I.,

no habría logrado nada presentando una protesta.

Por último, Bart llegó a Puerto Palmeras con la intención de hacer un trato con Karl Meyer y si las cosas se habían complicado, él no tenía la culpa.

Los documentos de Meyer estaban en su poder y tenía que salir de Puerto Palmeras para entregarlos en Washington.

Pero...

—A remolque del peligro, como siempre —murmuró el agente del

F. B. I.

, regresando al lado de Elena.

—¿Quién eres tú?... ¿Un amigo de mi padre? —preguntó Elena cuando el agente del

F. B. I.,

puso el coche en marcha.

—No tengo el placer de conocer personalmente a tu padre, aunque sí lo vi algunas veces en los Estados Unidos, pero nunca hablé con él... pero a pesar de ello soy su amigo.

—¿Eres americano? —preguntó Elena, que iba a decir «yanqui».

—Sí... y además pertenezco al

F. B. I.

—¡Ah! —exclamó Elena.

—¡Tengo una nota para ti de Clemente Romero...! Toma, puedes leerla ahora mismo si de la guantera coges una lámpara eléctrica.

—Lo haré.

—¿Qué sabes de la verdadera situación del país? —preguntó Bart.

Conducía con gran lentitud y con todos los faros apagados, porque no quería caer en manos de las muchas patrullas de las fuerzas especiales que recorrían la ciudad.

—Dicen que mi padre ha muerto... y que tres yanquis han asesinado al presidente Silva...

—Tu padre vive y no fueron yanquis los que asesinaron a Silva —rectificó Bart deteniendo el automóvil.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elena.

—No enciendas la linterna ahora... mira frente a ti y verás a un grupo de hombres de las fuerzas especiales.

—Sí... llevan varios detenidos.

Bruscamente sonaron unos disparos y cuatro hombres cayeron al suelo.

Los hombres de las fuerzas especiales de Zamora terminaban de eliminar a cuatro sospechosos.

Los policías uniformados se alejaron y sobre las piedras de la calle quedaron los cuatro cuerpos sin vida.

—Es horrible...

—Vamos; debemos reunirnos con Clemente —dijo Barí que apenas podía dominar su ira.

Elena leyó la nota escrita por Romero y al terminar, dejó la linterna en la guantera, diciendo.

—Dice Clemente que debo confiar en ti.

—Debes hacerlo.

—¿Cómo te llamas?

—¿No te lo dice Clemente en su nota?

—No.

—Mi nombre es Bart Dorsen.

—¿Bart Dorsen? —repitió Elena...— el nombre me resulta familiar.

—Soy uno de los «asesinos» del presidente Silva —contestó burlonamente el agente del

F. B. I.

—Te escogieron como chivo expiatorio —dijo Elena sonriendo en la oscuridad.

—Algo parecido... pero lo lamentable es que dos hombres honrados han sido asesinados para que los verdaderos asesinos queden libres.

—Hoy han muerto muchos hombres honrados... y mucho me temo que mueran muchísimos más.

Bart continuó conduciendo el coche con las luces apagadas hasta que llegó al punto donde les esperaba Clemente Romero.

—Hemos tenido dificultades —dijo Bart a modo de saludo.

—¿Qué ha pasado?

—He tenido que acabar con uno de los policías políticos de las fuerzas especiales, era un individuo que no llevaba uniforme.

Elena descendió del coche y se abrazó a Clemente Romero.

Éste la estrechó entre sus brazos, y dijo.

—Dime lo que ocurrió.

—Fueron a detener a Elena y yo llegué cuando se la llevaban. Pensé que sobre mi cabeza ya pesaban dos acusaciones falsas... y decidí que la tercera estuviese plenamente justificada.

—Por lo visto, Pacheco pensaba usar a Elena para obligar al coronel a delatar a todos los hombres que intentaban derrocarlo —comentó Romero.

—¿Cómo está mi padre?

—Bien... se salvará.

—Necesito verle.

—Mañana lo verás... mejor dicho, hoy —rectificó Romero después de consultar su reloj.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó Bart.

Se hallaban fuera de los límites de la población, en otro de los extensos barrios residenciales de Puerto Palmeras.

—Os acompañaré hasta vuestro refugio —contestó Romero.

—¿Dónde está?

—Cerca de la playa; es un viejo almacén de los pescadores y para nosotros es muy importante porque posee un amplio sótano que nadie conoce...

—¿Estaremos solos? —preguntó Bart.

—Esta noche, sí... pero mañana tendréis compañía —contestó Romero.

—Espero que haya un poco de comida y un par de botellas de cerveza —dijo Bart.

—Encontrarás todo lo que necesites, amigo —contestó Romero.

El mismo se encargó de conducir el potente coche europeo y diez minutos más tarde, Bart, Elena y el médico estaban en el viejo almacén de los pescadores de Puerto Palmeras.

—Fue abandonado hace varios años —dijo Romero.

—La playa está cerca —comentó Elena.

—Aún huele a pescado —dijo Bart.

—El sótano está limpio y arreglado; incluso hay luz eléctrica y agua corriente —explicó Romero.

—Un verdadero palacio —comentó alegremente Bart.

—Que ha salvado las vidas de muchos patriotas —añadió Romero.

—No lo dudo.

—Los alrededores están desiertos, Bart. Si se acerca alguien

podrás verlo desde la parte alta del almacén, pero te recomiendo que no salgas del sótano, aunque sé que no me obedecerás.

—Te deseo mucha suerte, Clemente.

—Puedes explicarle a Elena lo que pienso hacer... y te veré mañana por la tarde.

Romero regresó a Puerto Palmeras en el pequeño coche europeo mientras Bart y Elena se quedaron en el sótano cuya entrada era casi imposible de descubrir.

VI

BART encendió la luz del sótano y después de lanzar una mirada circular, comentó:

—Es un excelente lugar.

—Y no apesta a pescado —añadió Elena esbozando una sonrisa.

Después de haber hablado con Clemente Romero, Elena se sentía más tranquila sobre la suerte que iba a correr su padre.

—¿Tienes hambre? —preguntó Bart.

—No... ya había cenado cuando llegaron los hombres de Zamora.

—Yo también he cenado, pero tengo sed. Las emociones me secan, la garganta.

—Te serviré la cerveza...

—Eres muy amable.

Por primera vez tenía Bart la oportunidad de contemplar a Elena con toda calma y tranquilidad.

Y realmente la contemplación de la hija del coronel Duncan Carlos Contreras era algo que debía hacerse con gran atención.

Elena Contreras era una mujer de treinta años, que se hallaba en la plenitud de su belleza y de su desarrollo físico.

El agente del

F. B. I.,

la contempló mientras ella se movía por el sótano.

Elena tenía los cabellos y los ojos muy negros; el rostro ovalado era perfecto.

Y Bart pensó que las curvas de Elena eran proporcionales, con la cantidad de carne exacta en los puntos exactos.

La mujer iba vestida con una minifalda muy corta que dejaba al descubierto sus piernas morenas y la mayor parte de los muslos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Elena cuando regresó al lado de Bart con la cerveza.

—Nada... te estaba contemplando. Debo admitir que eres una mujer muy hermosa —confesó el agente del F. B. I.

—Gracias, pero no puedo decir lo mismo de ti. No eres un hombre guapo.

—Afortunadamente.

—Pero eres atractivo, decidido y valiente.

—Me estás dorando la píldora —contestó alegremente Bart.

—... Y aún no te he dado las gracias por haberme arrancado de las garras de los hombres de Zamora.

Bart se había sentado en un viejo sillón y frunció el ceño al ver que Elena se inclinaba sobre él.

La hermosa mujer sonreía.

Dejó la botella de cerveza en el suelo, al lado de Bart y después apoyó sus bien cuidadas manos, de dedos largos y uñas esmaltadas en los hombros de agente del

F. B. I.

—Si tú no hubieses llegado tan oportunamente, aquellos tres individuos me habrían arrastrado hasta uno de los calabozos de Zamora... y después a una de las prisiones del ministro del Interior...

—Sí...

—Si estoy libre te lo debo a ti...

—Gracias por tu ayuda —musitó ella.

—¡Hum! —exclamó Bart.

—Tienes la cerveza...

—Ahora no tengo sed.

—Lo supongo.

—Deberías darme las gracias otra vez. Debes tener en cuenta que corrí un gran peligro y...

—Empiezo a creer que eres bastante sinvergüenza —interrumpió Elena.

—No lo creas; lo que ocurre es que me gusta que las personas puedan expresar libremente sus sentimientos.

—Comprendido... y voy a demostrarte que soy una mujer agradecida.

... Y Elena volvió a besar a Bart.

—Creo que debemos descansar unas horas —dijo.

—De acuerdo.

—Nos esperan unas horas muy agitadas.

—Antes de irnos a la cama iré a echar una mirada al exterior, no me gustaría que me atrapasen como un conejo dentro de la madriguera.

—Yo arreglaré las camas —contestó ella.

Bart salió del sótano y comprobó que todo estaba en calma y que hasta él llegaba el rumor de las olas al romperse en la playa.

Cuando se reunió con Elena, dijo.

—Podremos descansar tranquilos.

—Hay varios camastros de campaña y podrás dormir bien.

—¿Y tú?

—Dormiré cerca de ti... vestida —aclaró Elena con una sonrisa.

—Lo esperaba.

—No hay ropa para las camas; solamente mantas, pero no creo que tengas frío.

—No, no lo tendré.

Elena rozó los labios del agente y después se dejó caer en uno de los camastros de campaña.

—Confío en Clemente... pero tengo miedo —confesó ella.

—Todo saldrá bien. Tu padre vivirá porque la suerte está a su lado.

—La suerte y sus buenos amigos... sin ellos, la suerte no le habría servido de nada.

Bart apagó las luces, diciendo.

—Buenas noches, Elena.

—Buenas noches, Bart.

El sargento Guzmán, de las fuerzas especiales de Héctor Zamora solamente había dormido cuatro horas durante toda la noche.

Y las había dormido en una silla, al lado de la puerta de la habitación que ocupaba el coronel Contreras en el Hospital Militar de Puerto Palmeras.

Mientras el sargento dormía uno de sus hombres se encargó de la vigilancia.

Guzmán no había querido alejarse de la puerta de la habitación porque no quería que el coronel Pacheco o Héctor Zamora se

presentasen bruscamente y no lo hallasen allí.

Pero ni Pacheco ni Zamora se acercaron al hospital aquella noche.

Ambos estaban muy ocupados... pero al depósito de cadáveres sí llegaron más cuerpos sin vida.

... Y uno de los muertos fue el hombre que Bart había abatido de un balazo.

A las ocho de la mañana el sargento Guzmán tuvo que acudir al teléfono para contestar una llamada hecha por Héctor Zamora, que le preguntó.

—¿Todo está en orden, Guzmán?

—Sí, señor.

—¿Aún vive Contreras?

—Sí, señor... nadie ha entrado en su habitación, excepto los médicos de guardia...

—¿Cuántos médicos lo han visitado?

—El doctor Carreño y otro médico muy joven llamado Renzo... es descendiente de italianos y...

—Lo supongo. Bien, Guzmán, debes tener los ojos muy abiertos y no confiar en nadie. Si ocurre algo anormal solamente tienes que usar el teléfono.

—Sí, señor.

—¿Los otros heridos siguen con vida?

—Sí, señor... los tres.

—Bien, ya encontraré la forma de que dejen de ser una molestia y un gasto.

—Sí, señor.

—¿Qué dicen por el hospital del cobarde asesino del presidente Silva?

—Nada, señor... nadie habla de ello.

—Es mejor que me digas la verdad.

—Verá, señor, delante de nosotros no hacen comentarios, pero he logrado darme cuenta de que nadie cree que los tres yanquis matasen al señor presidente.

—La gente es muy mal pensada, Guzmán... pero la verdad es que los yanquis asesinaron a Silva. Supongo que los cadáveres de los dos yanquis ya estarán en el depósito...

—No lo sé, señor. ¿Quiere que vaya a comprobarlo?

—No, Guzmán, los muertos nunca han sido un problema para nadie. Vigila a los vivos que éstos sí son peligrosos.

—Lo haré, señor.

Guzmán colgó el auricular y regresó a la puerta de la habitación de Contreras, preguntando al hombre que montaba la guardia.

—¿Ha pasado algo?

—Hay tres médicos y cuatro enfermeras dentro de la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Guzmán.

—No lo sé.

—Echaré una mirada —dijo Guzmán abriendo la puerta de la habitación.

Pero cuando iba a entrar en ella, la mano del doctor Romero se apoyó en su pecho y con gran firmeza lo empujó hacia atrás, mientras decía.

—Usted no puede entrar, sargento.

—¿Qué ocurre?... debo saber lo que está pasando para informar inmediatamente al señor ministro.

—El coronel Contreras se está muriendo... y vamos a llevarlo al quirófano para intentar salvarle la vida.

—¿Está muy grave?

—No vivirá más de cinco minutos a no ser que se produzca un milagro —contestó Romero.

Guzmán titubeó durante un par de segundos, sin saber lo que debía hacer.

Si iba a llamar a Zamora no podría vigilar a Contreras, que en aquellos momentos era colocado sobre una camilla con ruedas para ser llevado hasta el quirófano.

Por último tomó una decisión y dijo al hombre que había ocupado su puesto durante su corta ausencia.

—Sigue al prisionero.

—Sí, sargento.

Guzmán corrió hacia el teléfono y estableció comunicación con Héctor Zamora, al que informó rápidamente de lo que estaba ocurriendo.

Cuando el sargento Guzmán se reunió con su hombre, el coronel Contreras estaba ya en la mesa de operaciones.

—No me han dejado entrar, sargento.

—No importa... el señor ministro del Interior no tardará en

llegar —contestó Guzmán.

A través de las ventanas de la puerta observó cómo los médicos y enfermeras se movían alrededor de la mesa de operaciones.

Bruscamente vio al doctor Romero que se quitaba los guantes y los arrojaba al suelo mientras movía los labios diciendo algo que no llegó hasta Guzmán.

También vio cómo el doctor Carreño se apartaba de la mesa de operaciones moviendo negativamente la cabeza.

—¿Qué puede estar ocurriendo? —preguntó Guzmán.

—Creo que Contreras ha muerto... una enfermera le cubre el rostro con una sábana —contestó el policía que seguía pegado al cristal de la ventana.

—Sí... tienes razón.

Guzmán tuvo que apartarse porque los doctores Carreño y Romero salían del quirófano.

—Era de esperar... sus heridas eran graves y además de perder mucha sangre, lo operamos cuando ya era tarde —decía Carreño.

—Iré a ver como siguen los otros heridos —comentó Romero.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Guzmán.

Carreño y Romero lo miraron como si fuese un bicho raro y por último el director del Hospital Militar contestó.

—Puede usted enterarse por sí mismo.

—Vamos —dijo Guzmán a su acompañante.

Los dos hombres de la policía política de Héctor Zamora entraron en el quirófano y se acercaron a la mesa de operaciones.

—¿Descubrirán la verdad? —preguntó Carreño lanzando una inquieta mirada hacia la puerta del quirófano.

—No... Solamente un médico con experiencia sobre la hibernación artificial sería capaz de darse cuenta de que Contreras no ha muerto... y Guzmán no es ningún doctor —contestó Romero que conservaba toda su tranquilidad.

—Tienes razón; creo que hemos hecho un buen trabajo.

—Y las enfermeras que nos han ayudado son de toda confianza. Todas han sentido en su carne los zarpazos de la policía política de nuestro amigo Héctor Zamora.

—¿Qué pasará con los otros tres supervivientes? —preguntó Carreño.

—No podremos evitar que se los lleven, pero ellos tienen más

posibilidades de seguir con vida que Contreras, porque Pacheco nunca dejaría con vida a su peor enemigo, tanto político como personal... aunque Morales, Obregón y Salazar lo pasarán bastante mal en manos de la policía política.

—¿Qué has hecho con la agenda de Contreras?

—Está en un lugar seguro; se la devolveré cuando esté en condiciones de comprender todo lo que ha ocurrido.

—Si...

—Supongo que Pacheco y Zamora no tardarán en llegar.

—Cuando lleguen todo estará listo para la gran representación.

—Guzmán ya sale del quirófano —advirtió Romero.

El rostro de sargento Guzmán era todo un poema.

Sonreía feliz y parecía que la muerte de Contreras le había producido un gran placer.

—Está muerto —dijo sin poder ocultar su alegría.

—¿Qué esperaba usted? —preguntó Romero que sentía deseos de golpear el rostro de luna llena de aquel individuo.

—¡Oh, nada... nada! —exclamó Guzmán.

—Hay que llevar el cadáver a otro quirófano porque supongo que tendremos que hacerle la autopsia —dijo Carreño.

—Tú puedes encargarte de ello... yo debo examinar a los otros heridos —contestó Romero.

Se alejó del quirófano y en lugar de encaminarse a las habitaciones de los tres supervivientes se dirigió hacia el despacho de Carreño.

Desde una de las ventanas del despacho dominaba la entrada del hospital y desde allí vería a Pacheco y a Zamora, que como siempre harían su aparición en potentes automóviles y protegidos por una numerosa escolta de motoristas.

Romero sabía que el doctor Carreño iba a trasladar el «cadáver» de Contreras a un quirófano que no se usaba desde hacía varios meses y donde la luz era débil.

Por otra parte, el resultado de la hibernación artificial había sido mucho mejor de lo que ellos mismos esperaban y Duncan Carlos Contreras realmente parecía un cadáver.

Romero encendió un cigarrillo, y murmuró.

—Los buitres no tardarán en llegar.

... Y no se equivocó. Diez minutos más tarde aparecieron los

motoristas que escoltaban al coche del coronel Pacheco.

Romero salió del despacho de Carreño y fue a reunirse con éste.

—Ya los tenemos aquí... y ahora nos espera una dura prueba, amigo.

—Todo está arreglado... Guzmán ha tragado el anzuelo y se halla cerca del cuerpo de Contreras —contestó Carreño.

El coronel Abel Pacheco y Héctor Zamora hicieron su aparición acompañados de cuatro hombres uniformados y armados con pistolas ametralladoras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pacheco sin molestarse en saludar.

—Contreras ha muerto —contestó Carreño.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó Zamora.

—En uno de los quirófanos —contestó Romero.

—Quiero verlo —dijo Pacheco.

—Bien.

—¿Dónde está el sargento Guzmán? —preguntó Zamora.

—Al lado del cadáver... el sargento es un hombre bastante desconfiado y no parece confiar en los muertos —contestó burlonamente Romero.

—Cumple mis órdenes —dijo secamente Zamora.

—En este caso, usted también es desconfiado. Vamos —contestó Romero.

Los cuatro hombres seguidos de la impresionante escolta de Pacheco se dirigieron hacia el quirófano.

Al entrar en él vieron a Guzmán que estaba al lado de la mesa de operaciones, sobre la que se hallaba el cuerpo de Contreras cubierto con una sábana.

—¿Por qué han dejado el cadáver aquí? —preguntó Zamora mientras Abel Pacheco se acercaba a la mesa de operaciones.

—Hay que hacerle la autopsia... —contestó Carreño.

—¿Para qué?... no es necesario —dijo Pacheco apartando la sábana que cubría el cuerpo de Contreras.

Se inclinó sobre él y después hizo una seña llamando a Zamora.

Carreño y Romero, después de cambiar una significativa mirada también se acercaron al cuerpo de Contreras.

Zamora tocó el cuerpo y después intentó encontrar el pulso de Contreras. Demostró ser desconfiado porque colocó su oído sobre el pecho del cuerpo.

—Está muerto —dijo por último.

—Es lo que dije yo —comentó Carreño.

—Y yo —añadió Romero.

—Me gusta asegurarme por mí mismo; nunca dudo de lo que me dicen, pero prefiero comprobarlo —contestó Zamora.

—Bien, asunto terminado por ahora —dijo Pacheco.

—Nos haremos cargo del cadáver —indicó Zamora.

Romero se estremeció, porque no había pensado en aquella posibilidad.

Si los hombres de Zamora se llevaban el cuerpo de Contreras todo fracasaría, porque el coronel tenía que ser sometido a un proceso de calentamiento gradual.

—Pensamos que la familia se haría cargo del cadáver, ya que la hija de Contreras tiene derecho a ello —dijo Romero.

—No quiero que la tumba de ese hombre se convierta en un lugar de peregrinaje para todos los que trabajan para los yanquis —contestó secamente Pacheco.

—Nosotros lo sepultaremos en un lugar desconocido —añadió Zamora.

—Como ustedes quieran —contestó Romero.

—¿Hay que colocar el cuerpo en un ataúd? —preguntó Carreño.

—No...

—¿Van a llevarse el cuerpo ahora? —preguntó Romero, que pensaba con rapidez, tratando de encontrar una solución a aquel nuevo problema que terminaba de aparecer.

—No —contestó Zamora—... mis hombres se lo llevarán esta noche.

—Lo dejaremos en uno de los departamentos de la cámara frigorífica... donde colocamos algunos de los cadáveres que no han sido identificados y que deben conservarse en buen estado —dijo Carreño.

Era necesario mantener el estado de hibernación artificial para que los hombres de Zamora no llegasen a descubrir la verdad.

—De acuerdo... y ahora nos llevaremos a los tres heridos —contestó Pacheco.

—Siguen en mal estado...

Zamora murmuró algo al oído de Pacheco y éste asintió con la cabeza, diciendo después a Carreña.

—Los dejaremos aquí, pero bajo vigilancia.

—Sí, es lo mejor —contestó Carreño.

—Guzmán... —dijo Zamora al sargento—... vas a descansar unas horas y después te encargarás de sepultar a Contreras. Ya te daré las órdenes más tarde.

—Sí, señor. Puedo dormir aquí mismo y...

—De acuerdo. Puedes llamarme por teléfono dentro de unas horas y te daré las instrucciones —interrumpió Zamora.

—Dejaré a un hombre cerca del cadáver... para que no lo roben —dijo Guzmán.

—Creo que te ascenderé porque piensas con rapidez —contestó Zamora.

Pacheco, Zamora y la escolta se alejaron del quirófano, dejando a Carreño y Romero sumidos en nuevos problemas.

VII

QUE pasará ahora? —preguntó Carreño cuando se quedó a solas con Clemente Romero.

Habían abandonado el quirófano para poder hablar tranquilamente.

El sargento Guzmán había dejado a uno de sus hombres al lado del cuerpo de Contreras y él se había tumbado en una cama en el departamento de enfermeros.

—No lo sé —confesó Romero.

—Si se llevan a Contreras, lo enterrarán vivo...

—No debemos perder la calma, Carreño —aconsejó Romero.

—Vamos a mi despacho, necesito un trago. La sola presencia de Pacheco me produce escalofríos...

—Alergia —dijo Romero.

Una vez en el despacho de Carreño éste abrió un elegante armario de estilo colonial y de su interior sacó una botella de cristal tallado y un par de copas.

—Jerez —dijo mientras llenaba las copas.

—Huele bien —comentó Romero encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué pensarás de mí si te digo que tengo miedo?

—Nada, me encuentro en tus mismas condiciones; estoy asustado.

—Estamos metidos en un buen lío... pero no me arrepiento de ello, aunque tú y yo podemos terminar ante un pelotón de ejecuciones...

—No pienso dejar que los hombres de Pacheco y Zamora acaben conmigo.

—Bebe... quizás el jerez nos ayude a encontrar una solución...

—dijo Carreño entregando una de las copas a su amigo.

—Debemos organizar nuestras acciones. En primer lugar hay que llevar a Contreras hasta la cámara frigorífica para que siga en estado de hibernación.

—Sí.

—Uno de los departamentos tiene dos puertas...

—Lo recuerdo.

—Por lo tanto, Contreras será colocado en él y el hombre que Guzmán ha dejado al lado del «cadáver» no se dará cuenta de nada y nosotros podremos vigilar el proceso de hibernación con toda calma.

—El jerez —dijo solamente Carreño.

—¿Qué ocurre con el jerez?

—Que te ha ayudado a pensar.

—Contreras entrará por un lado y saldrá por el otro... y cuando sea necesario, volverá a entrar por donde salió.

—Por ahora ya has resuelto un problema. Ahora debes pensar en la forma de impedir que los hombres de Zamora se lo lleven.

—Encontraré la solución. Guzmán tiene que llamar a Zamora para recibir las órdenes...

—Es cierto.

—Guzmán tendrá que usar uno de los teléfonos del hospital...

—Estamos de acuerdo.

—Como es lógico, usará el que esté más cerca de la cámara frigorífica...

—Bien.

—Pero si no funciona, tendrá que ir en busca de otro... y el que tendrá más cerca será el del corredor.

—Sigue.

—Y el teléfono del corredor tiene una extensión en el laboratorio.

—Y desde el laboratorio piensas escuchar lo que Zamora ordene a Guzmán.

—Sí... y conociendo los planes de Zamora, podremos actuar de acuerdo con ellos... y estropearlos.

—Ya no estoy asustado —confesó Carreño.

—Ha sido el jerez. Vamos a sacar el cuerpo de Contreras del quirófano.

Los dos doctores fueron en busca de las mismas enfermeras que

les habían ayudado anteriormente y mientras Romero se dirigía hacia el quirófano, Carreño y las enfermeras se encaminaron hacia la parte posterior de la cámara frigorífica.

—Seguidme... y coged una camilla con ruedas —ordenó Romero a dos enfermeros.

El policía que permanecía al lado del cuerpo de Contreras siguió con gran interés todos los movimientos del doctor y de los enfermeros, pero no hizo ningún comentario.

A Clemente Romero le recordó un enorme búho, porque el policía tenía los ojos muy abiertos y solamente miraba sin pronunciar ninguna palabra.

—A la cámara frigorífica —ordenó Romero a los enfermeros.

Éstos empujaron la camilla fuera del quirófano y el «búho» les siguió como un perro bien amaestrado.

Romero abrió uno de los departamentos de la gran cámara, y dijo.

—Colocad el cuerpo en el departamento.

Los dos enfermeros cogieron el «cadáver» del coronel Contreras y lo dejaron en el interior de la cámara.

—Tendré que quedarme aquí —dijo el búho.

—Me parece muy bien, pero no creo que aguantes mucho porque la temperatura es muy baja. Si quieres vigilar, puedes hacerlo desde allí —contestó Romero indicando una gran ventana protegida por un grueso cristal.

—Bien... pero cada vez que entre alguien en esta cámara, yo también entraré —gruñó el policía.

—Podemos abrir uno de los departamentos de la cámara si lo deseas y puedes meterte en él —dijo Romero.

—No, gracias.

—Vamos, muchachos —dijo Romero a los enfermeros después de cerrar la puerta del compartimiento donde había quedado el cuerpo de Contreras.

Los dos enfermeros, el policía y Romero salieron de la cámara frigorífica y el médico cerró la puerta con llave, diciendo al policía.

—Nadie entrará sin mi permiso.

—¡Hum! —Gruñó el «búho» arrastrando una silla hasta el ventanal.

Tomó asiento y fijó la mirada en el lugar donde estaba lo que él

creía que era el cadáver del coronel Contreras.

Pero el cuerpo del coronel ya no estaba dentro del departamento.

El doctor Carreño y las enfermeras lo habían sacado de él y lo dejaron sobre una camilla donde sería atendido hasta que llegase el momento de dejarlo nuevamente dentro de la cámara.

El sargento Guzmán se despertó a las cuatro de la tarde.

El hombre de las fuerzas especiales de Héctor Zamora había dormido más de lo que él mismo esperaba, pero cuando se acostó estaba al borde del agotamiento.

Se despertó bruscamente y saltó de la cama como si lo hubiese impulsado un resorte.

Consultó la hora en su reloj y después de lanzar una maldición abandonó la habitación y corrió hacia la cámara frigorífica.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó al policía que seguía sentado cerca del ventanal.

—¡No, sargento!

—¿Dónde está el cadáver de Contreras?

—Allí —contestó el «búho» señalando el compartimiento donde él creía que estaba el cuerpo del coronel.

Guzmán intentó abrir la puerta de la cámara pero el «búho» le dijo.

—El doctor Romero la cerró con llave.

—¿Ha entrado alguien?

—Nadie.

—Bien... —dijo Guzmán tranquilizado por completo—... iré a hablar con el señor ministro.

—No he comido —protestó el policía.

—Ni yo. Comeremos algo más tarde, cuando haya recibido las órdenes del señor ministro.

—Está bien.

Guzmán vio un teléfono en una de las paredes y se acercó a él, pero después de descolgarlo comprobó que no funcionaba.

—No tardaré en regresar —dijo mientras salía al corredor.

Vio otro teléfono y lo descolgó gruñendo algo entre dientes, pero se calló al ver que funcionaba.

Marcó un número y poco después hablaba con Héctor Zamora, que le preguntó.

—¿Todo está en orden, Guzmán?

—Sí, señor.

—¿Alguien ha intentado acercarse al cadáver de Contreras?

—No, señor.

—Bien... ahora escucha bien.

—Sí, señor.

—A las once de la noche te mandaré una furgoneta cerrada, con dos hombres de toda confianza en ella...

—Sí, señor.

—Tú y otros dos de tus hombres llevaréis el cadáver de Contreras hasta Punta Arenas y allí lo sepultáis a gran profundidad.

—Comprendido, señor.

—No quiero testigos, Guzmán, se trata de un secreto de estado.

—Sí, señor... no habrá testigos.

—Y si fracasas serás ejecutado.

—No fracasaré, señor...

—Cuando hayas terminado con este asunto tendrás un ascenso y una recompensa en metálico.

—Gracias, señor.

—Recuerda que debes llevar el cadáver hasta Punta Arenas.

—Sí, señor... lo he comprendido todo.

—Cuando hayas terminado te presentas en el despacho.

—Sí, señor.

Guzmán colgó el aparato telefónico y fue a reunirse con el policía.

—Ahora debes ir al comedor o a la cocina para buscar comida para ti y para mí —ordenó Guzmán.

—No tardaré en regresar.

—De acuerdo —dijo Guzmán tomando asiento en la silla que hasta aquel momento había ocupado su subordinado.

—Ya sabemos lo que queríamos —dijo Romero, colgando el teléfono.

El y Carreño se encontraban en el laboratorio del hospital, donde habían acudido cuando una enfermera les dijo que Guzmán se había levantado.

—Sí... cinco hombres llevarán el cuerpo de Contreras y hasta Punta Arenas y si no lo impedimos, lo sepultarán con vida —contestó Carreño.

—No llegarán a Punta Arenas —aseguró Romero.

—¿Piensas impedirlo?

—Sí, aunque del trabajo pesado lo hará un buen amigo mío, que está acostumbrado a esa clase de tareas.

—Un hombre sólo no podrá enfrentarse a los tipos de la policía política, que irán muy bien armados y que desconfiarán hasta de su sombra.

—Mi amigo encontrará la forma de deshacerse de ellos —aseguró Romero.

—No me gustaría estar en su pellejo.

—Voy a salir, Carreño, porque debo entrevistarme con mi amigo.

—Puedes irte tranquilo, yo vigilaré el estado de Contreras.

—Buena suerte.

—Gracias.

Clemente Romero abandonó el laboratorio y después de cambiarse abandonó el hospital.

Usó uno de los coches del hospital para trasladarse hasta el viejo almacén de los pescadores.

Había muchas patrullas de las fuerzas especiales recorriendo las calles, pero ninguna detuvo el coche de Romero porque éste llevaba el uniforme de teniente coronel médico y en el vehículo iban los distintivos del Hospital Militar.

Romero dio algunos rodeos antes de dirigirse hacia el almacén.

Cuando tuvo la seguridad de que nadie le había seguido, condujo el vehículo hasta las proximidades del almacén y lo dejó entre los restos de viejas casas de madera.

Después se encaminó hacia el escondite de Elena y Bart.

Éste descubrió la presencia de su amigo porque llevaba varias horas examinando los alrededores.

Para Bart, que estaba acostumbrado a la acción, aquella inactividad, aunque tuviese una compañía tan agradable y tentadora como la de Elena Contreras, era algo que alteraba sus nervios.

—Se acerca Clemente y llega solo —dijo a Elena que permanecía sentada en el suelo cerca de él.

—Ahora tendré noticias de mi padre —contestó ella.

—Vamos —dijo Bart cogiendo a Elena por las manos para

ayudarla a ponerse en pie.

Ella se levantó diciendo.

—Eres un hombre muy fuerte, Bart.

—¡Y muy desgraciado!

—¿Por qué?

—Porque mucho me temo que no volverán a dejarnos solos.

—No pierdas la esperanza, fresco.

Los dos jóvenes se reunieron con el doctor Clemente y Elena se apresuró a preguntar.

—¿Cómo está mi padre?

—Mejor y fuera de peligro... por ahora.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bart.

—Os lo explicaré con toda clase de detalles, pero debemos ir a la parte alta del almacén para poder observar los alrededores.

Poco después los dos hombres y Elena estaban nuevamente en la parte más elevada del viejo almacén.

—Nadie me ha seguido, pero es mejor tomar toda clase de precauciones porque toda la ciudad está llena de patrullas y la vigilancia es constante —dijo Romero.

—Aquí nos han dejado en paz —contestó el agente del

F. B. I.

—Han sido asesinados más de cuarenta hombres y hay varios centenares en las cárceles...

—Era de esperar —comentó Bart.

—Ahora escucha con atención, porque de ti depende la vida de Duncan Carlos Contreras... y quizás la mía, la de Carreño y la de unas valientes enfermeras...

Elena, de una forma instintiva se acercó más al agente del

F. B. I.,

y se apoyó en él.

Clemente Romero empezó a relatar todo lo que había ocurrido en el hospital y terminó diciendo.

—Esta noche a las once, una furgoneta cerrada, ocupada por Guzmán y cuatro hombres de las fuerzas especiales irá hacia Punta Arenas llevando el cuerpo del coronel.

—Pacheco quiere sepultarlo en el mayor secreto —comentó el agente del

F. B. I.

—¡Pero no pueden sepultar vivo a mi padre! —exclamó Elena.

—Para ellos está muerto —dijo Romero.

—Hay que impedir que la furgoneta llegue a Punta Arenas —comentó Bart adelantándose a los deseos de Romero.

—Era lo que pensaba pedirte, Bart —dijo éste.

—¡Eh! —exclamó el agente del

F. B. I.

—Solamente tú puedes hacerlo, porque yo no soy un hombre de acción.

—Clemente tiene razón —dijo Elena.

—Pero un hombre solo no puede hacerlo todo...

—Puedo proporcionarte tres hombres —interrumpió Romero.

—Y armas.

—Tendrás lo que te haga falta. Hay muchos hombres que desean la caída de Pacheco y Zamora... será fácil encontrar toda clase de ayudas —aseguró Romero.

—De acuerdo; yo me encargaré de rescatar al coronel Contreras —dijo Bart.

Elena se abrazó a él y lo besó largamente en los labios, mientras Romero sonreía alegremente.

—Con esa clase de regalos, creo que voy a intentarlo yo mismo —dijo el médico.

—Tú ya has hecho bastante, Clemente —contestó Elena besando al doctor.

Pero fue un beso muy diferente al que había recibido el agente del

F. B. I.

—Voy a marcharme, Bart, pero volveré alrededor de las nueve —dijo Romero.

—¿Podrás encontrar un automóvil de las fuerzas especiales? —preguntó el agente del

F. B. I.

—Sí.

—Y uniformes... hay que engañar al sargento Guzmán.

—Tendrás todo lo necesario.

—¿Por qué se encarga el tal Guzmán de una tarea tan delicada?... no es el trabajo adecuado para un sargento —preguntó el agente del

F. B. I.

—Guzmán es un asesino que obedece ciegamente las órdenes de Zamora, por sangrientas y brutales que sean. Es el hombre indicado para todos los trabajos sucios —contestó Romero.

—Si tengo que disparar contra él, lo haré sin sentir remordimientos.

—Debo irme, he de entrevistarme con algunas personas... y también tengo que recoger a cinco hombres que están corriendo un gran peligro.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó Bart.

—Se quedarán aquí y cuando tú salgas de Puerto Palmeras, te acompañarán a los Estados Unidos.

VIII

EL sargento Guzmán consultó la hora y después miró a los dos hombres que tenía cerca.

—Son las once menos cinco y la furgoneta aún no ha llegado —dijo por último.

—Aún no es la hora —contestó uno de los uniformados policías políticos.

—¿El cadáver de Contreras está en el vestíbulo? —preguntó Guzmán.

—Sí.

—Se acerca un vehículo —advirtió el otro policía.

—Todo va perfectamente... —comentó Guzmán.

Tenía a dos hombres ante la puerta de cada habitación ocupada por los tres supervivientes de la matanza.

El hospital estaba rodeado por hombres de las fuerzas especiales y había patrullas en todas partes.

—Ni una miserable rata puede salir del hospital —dijo con gran satisfacción.

Pero ignoraba que él mismo iba a sacar del hospital al hombre que el ministro Pacheco odiaba con todas las fuerzas de su ser.

El coronel Duncan Carlos Contreras.

La furgoneta cerrada se detuvo delante del sargento Guzmán y dos hombres uniformados y armados con pistolas y pistolas ametralladoras descendieron del vehículo.

Después de saludar a Guzmán, uno de ellos dijo.

—Nos manda el señor ministro del Interior.

—Lo sé... todo está preparado.

—Hay picos y palas dentro de la furgoneta, sargento. Ya tenemos las instrucciones. Yo soy el conductor...

—Hablares después —interrumpió Guzmán, que no deseaba que los otros hombres que formaban parte de las patrullas y del servicio de vigilancia se enterasen del lugar donde iba a ser sepultado el «cadáver» de Contreras.

—Colocad el cadáver dentro de la furgoneta —ordenó el sargento Guzmán.

—Sí, sargento.

El cuerpo del coronel Contreras estaba sobre una camilla y el doctor Carreño lo había envuelto cuidadosamente con un par de mantas.

Aquellas mantas tenían dos misiones que cumplir; en primer lugar iniciar el proceso de calentamiento y el segundo evitar que los hombres de la policía descubriesen que el cuerpo no estaba totalmente frío.

Dos hombres cogieron el cuerpo y lo dejaron dentro de la furgoneta.

—En el asiento delantero podemos ir tres, sargento —indicó el conductor del vehículo.

—Bien... los otros dos irán detrás, cerca del cadáver —contestó Guzmán.

Poco después el vehículo salía del patio del hospital militar y empezaba a rodar hacia Punta Arenas.

—Hay algunos controles fuera de la ciudad, pero ya han recibido la orden de dejarnos pasar —explicó el conductor.

Guzmán iba sentado a su lado, con una pistola ametralladora sobre las piernas.

—Bien.

—Los controles se han colocado en las carreteras —siguió explicando el conductor mientras buscaba la carretera de la costa.

—Es lo lógico.

—El primer control lo encontraremos a cinco kilómetros de la ciudad; todos están a esta distancia para no cerrar los accesos a los barrios residenciales... —siguió diciendo el conductor que era un individuo muy hablador.

—Bien.

Por su parte, Guzmán no tenía muchos deseos de hablar porque pensaba en su ascenso y en la recompensa que le había prometido Zamora.

—Alrededor de la ciudad, pero a cinco kilómetros de ella hay un verdadero cinturón de fuerzas especiales, que nadie puede franquear...

—Sí...

—Muchos tipos que intentaban escapar han sido abatidos a balazos. La rebelión ha fracasado y las cárceles están llenas de hombres y mujeres...

—Calla —ordenó secamente Guzmán.

—Sí, señor.

El conductor hizo una mueca y se dedicó a conducir la furgoneta.

Guzmán levantó la mirada y frunció el ceño al ver un vehículo de las fuerzas especiales parado en la carretera, bloqueando el paso.

—Cuidado —dijo al conductor.

—Alguna avería... —contestó éste—... debe ser alguna de las patrullas.

—Tendrás que parar.

—Sí, sargento.

La furgoneta se detuvo a pocos metros del otro vehículo y el sargento descubrió a un comandante de las fuerzas especiales, que daba órdenes a otros tres hombres.

—Vamos a echar una mirada —dijo el conductor.

Abandonó el vehículo y se acercó al comandante, mientras Guzmán y los otros tres hombres permanecían dentro de la furgoneta.

—Llegas muy oportunamente, muchacho —dijo el comandante.

—¿Qué ocurre, señor?

—Una avería importante; se ha roto el eje delantero y no podemos sacar el vehículo de la carretera.

El conductor se acercó a la parte delantera del vehículo... y un culatazo en la nuca lo derribó como si lo hubiese fulminado un rayo.

—Atadlo —ordenó Bart Dorsen, que era el comandante de las fuerzas especiales.

El sargento Guzmán y los otros individuos que estaban en el interior de la furgoneta no observaron nada anormal, porque el conductor había sido derribado fuera del campo visual de ellos.

Bart se acercó a la furgoneta con toda lentitud y se detuvo a

pocos pasos de ella para encender un cigarrillo.

Después se acercó a la ventanilla del lado del conductor, y dijo.

—Hola, sargento Guzmán.

—¿Me conoce, señor? —preguntó el sargento.

—El señor ministro del Interior me ha hablado de usted hoy mismo.

—¡Ah!

—Siento que tenga que perder algún tiempo, sargento, pero no podemos mover el automóvil. Se ha roto el eje delantero y tenemos problemas para poder dejar la carretera libre. Tendrá usted que esperar bastante, ya he llamado a la central por radio, pero no tienen vehículos disponibles...

—Entre todos podemos apartar el automóvil, señor —indicó el sargento Guzmán.

No deseaba perder tiempo, porque cuanto antes regresase a Puerto Palmeras, antes tendría el ascenso y la recompensa.

—Es una idea excelente, sargento —contestó Bart.

—Vamos, muchachos —dijo Guzmán.

Fue el primero en descender de la furgoneta... y también fue el primero en tropezar con el cañón de una pistola, que se apoyó entre sus ojos, mientras Bart decía.

—Arriba los brazos, sargento... y no tosa porque soy muy nervioso y apretaré el gatillo.

Guzmán levantó los brazos... y pudo ver cómo sus tres hombres le estaban imitando, porque tres pistolas ametralladoras apuntaban hacia sus cabezas.

—Atadlos... aunque lo más sensato sería mandarlos al infierno, pero no somos asesinos como ellos —ordenó Bart.

—¿Quién eres? —preguntó Guzmán.

El cañón de la pistola golpeó la ceja izquierda de Guzmán, abriendo una brecha por la que brotó la sangre.

—Un poco más de respeto, sargento... no se tutea a un comandante.

—¡Usted es un comandante falso!

—Estamos de acuerdo, pero debes reconocer que hay muchas cosas falsas, Guzmán. Voy a llevarme el cadáver del coronel Contreras para que sea sepultado entre amigos.

Los acompañantes de Bart ya habían atado y amordazado a los

tres hombres que acompañaban a Guzmán.

—No quisiera estar en tu pellejo, sargento, Héctor Zamora tiene muy mal genio... suerte —dijo burlonamente Bart, descargando un golpe seco en la frente de Guzmán empleando el cañón de la pistola.

Y Guzmán se desplomó sin exhalar ni un gemido.

—Vamos... yo conduciré la furgoneta —ordenó Bart a sus amigos.

Guzmán y los cuatro hombres de las fuerzas especiales quedaron en la cuneta, mientras los dos vehículos maniobraban para emprender el regreso a Puerto Palmeras.

En primer lugar iba la furgoneta conducida por Bart y seguía el otro automóvil con los tres hombres que Clemente Romero había proporcionado al agente del

F. B. I.

Aquellos tres hombres eran amigos de Duncan Carlos Contreras y sus nombres estaban en la agenda de tapas negras que Romero había logrado ocultar.

Poco después y sin haber tenido ningún tropiezo, los dos vehículos se detenían delante del viejo almacén de los pescadores de Puerto Palmeras.

—¿Todo ha salido bien? —preguntó el doctor Romero cuando Bart descendió de la furgoneta.

—A la perfección... pero hay controles en todas partes, aunque todos están situados a unos cinco kilómetros de la ciudad. No obstante, nadie puede ir muy lejos...

—¿Cómo está mi padre? —preguntó Elena, que igual que el médico había permanecido inquieta y nerviosa hasta que vio al agente del

F. B. I.

descendiendo de la furgoneta.

—Bien, nadie lo ha atacado. ¿Qué vas a hacer con él ahora, Clemente?

—Sacarlo de la hibernación artificial... y examinar sus heridas, aunque Carreño lo hizo en el hospital antes de que se lo llevase Guzmán.

Los tres hombres que habían acompañado a Bart Dorsen en aquella aventura, sacaron el cuerpo de Contreras y siguiendo las

instrucciones de Romero lo llevaron hasta el sótano.

—Tengo que darte las gracias una vez más.

—Y yo estoy dispuesto a aceptarlas.

—¿Cuándo terminará esta pesadilla?

—Pronto... muy pronto, cuando tu padre esté en condiciones de emprender el largo viaje hacia los Estados Unidos.

—Clemente me ha dicho que esta misma noche llegarán tres hombres más y cinco mujeres; todos corren peligro de ser ejecutados por los hombres de Pacheco y Zamora.

—Ocho personas más... y ya somos catorce en total —comentó Bart.

—¿Que te preocupa? —preguntó Elena.

—Encontrar una lancha lo suficiente grande... y en la gran cantidad de alimentos y agua que necesitaremos. El viaje será largo y tendremos que eludir las lanchas rápidas de Pacheco, que estarán vigilando el mar de la misma forma que las patrullas controlan las carreteras y el aeropuerto...

—Todo saldrá bien... si tú te encargas de ello.

—Ahora soy yo quien debe darte las gracias por la confianza que tienes puesta en mí.

Los dos jóvenes permanecieron fuera del almacén hasta que Clemente Romero se reunió con ellos, diciendo.

—Tu padre está perfectamente y mañana estará en condiciones de hablar.

—¡Oh, gracias! —exclamó Elena.

—Me llevaré la furgoneta y la haré desaparecer —siguió diciendo Romero.

—¿Y el otro coche? —preguntó Bart.

—No tardarán en llegar varios amigos míos; uno de ellos se llevará el vehículo... y los otros se quedarán aquí.

—Sí, lo sé, ya me ha dicho Elena que llegarán tres hombres y cinco mujeres.

—Hay que ponerlos a salvo.

—Tendremos dificultades para encontrar una lancha adecuada. Tendrá que ser muy grande... y muy rápida —dijo Bart.

—Tengo a un par de amigos de toda confianza en los muelles, buscando la embarcación adecuada.

—¿Cuándo crees que Contreras estará en condiciones de viajar?

—Quince días... ¡Hum! —exclamó Bart.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Elena.

—Los hombres de Pacheco y Zamora empezarán a barrer el terreno, buscando a todos sus enemigos... y acabarán por descubrir este almacén.

—El sótano es un buen refugio —comentó Romero.

—Sí... pero para un par de días; tres como máximo. Está casi dentro de la ciudad y alguien puede observar algo anormal...

—¿Tienes alguna idea mejor que la de la lancha? —preguntó Romero.

—Aún no, pero hay que encontrar la forma de salir de aquí lo más rápidamente posible.

—El mar es el único camino que queda abierto —dijo Clemente Romero.

—Hay que encontrar otro —insistió Bart.

—Creo que se acerca un grupo de hombres y mujeres —indicó Elena.

Bart cogió la pistola ametralladora que había pertenecido a Guzmán y se preparó para hacer fuego.

Pero no fue necesario, porque los que se acercaban eran los amigos de Romero.

Poco después, todos estaban en el sótano y los dos vehículos habían desaparecido.

IX

EL sargento Guzmán recobró el conocimiento una hora después de haberlo perdido.

Emitió un gemido y su mano derecha tocó el punto donde el cañón de la pistola lo había alcanzado.

—Malditos traidores... sucios cobardes... —murmuró mientras se incorporaba.

Una de sus manos tocó un cuerpo y oyó un sordo gruñido.

—¿Quién eres? —preguntó Guzmán.

La oscuridad era completa y el sargento no veía mucho más allá de su nariz.

Otro gruñido fue la respuesta que recibió Guzmán, que empezó a maldecir en voz baja mientras sus manos tropezaban con unas sólidas cuerdas.

—Atado... bien, si lo ataron es que está vivo —murmuró el sargento.

Por último sus manos tocaron la mordaza y después de algunas dificultades con ella, logró quitarla y nuevamente preguntó.

—¿Quién eres?

—Salinas, sargento... y estoy atado de pies y manos, igual que los demás.

—¡Malditos!

—Se llevaron la furgoneta, sargento...

—Pero me dejaron una navaja... voy a cortar las cuerdas.

—Cuidado, sargento —advirtió Salinas que temía por la seguridad de sus manos y muñecas.

—¡Calla, estúpido! —ordenó Guzmán que estaba furioso.

Había caído en una trampa casi infantil y había fracasado.

Su ascenso y la recompensa se habían ido al infierno... y el

sargento sudaba pensando en la explicación que tendría que dar al ministro del Interior.

Cortó las cuerdas y entregó la navaja a Salinas, diciéndole.

—Busca a los demás y corta sus ligaduras... debes darte prisa, no podemos perder más tiempo.

—Sí, sargento.

Media hora después, cinco derrotados hombres de las fuerzas especiales emprendieron el regreso a la ciudad.

Caminaban con lentitud porque Guzmán, que abría la marcha, iba pensando en lo que diría a Héctor Zamora.

No encontraron ningún automóvil y se vieron obligados a recorrer tres largos y penosos kilómetros antes de hallar un vehículo de las fuerzas especiales.

Guzmán y sus cuatro acompañantes llegaron al viejo palacio del gobernador español a las dos de la madrugada.

—Esperad aquí —ordenó Guzmán a sus cuatro hombres.

Él se dirigió hacia el despacho de Héctor Zamora y poco después se hallaba frente al ministro del Interior.

Éste examinó al sargento y apoyando las manos en su mesa de trabajo se levantó con lentitud.

—¿Qué ha ocurrido, Guzmán?... ¿Qué tienes en el rostro? —preguntó Zamora.

—Nos atacaron, señor... un nutrido grupo de rebeldes... cayeron sobre nosotros por sorpresa...

—¿Dónde está el cadáver de Contreras? —interrumpió Zamora.

—Se lo llevaron, señor... también robaron la furgoneta y nuestras armas...

—¿Dónde están tus hombres?

—En la sala de espera...

—Eres un estúpido, Guzmán. ¿Recuerdas lo que te dije?

—Sí, señor... que me ascendería y me daría además una recompensa en metálico...

—Pero te dije también que si fracasabas te ejecutaría...

—Me atacaron por sorpresa, señor...

Héctor Zamora abrió uno de los cajones de su mesa y de él sacó una pesada pistola de gran calibre.

—No quiero inútiles a mi alrededor, Guzmán y no pienso darte más oportunidades para que sigas cosechando fracasos —dijo

Zamora levantando la pistola.

—Yo...

—Tú eres un estúpido, Guzmán... y los estúpidos tienen un lugar en el cementerio —interrumpió Zamora, apuntando tranquilamente a la frente del sargento.

... Y sin ningún titubeo apretó el gatillo.

El proyectil atravesó la cabeza de Guzmán y fue a hundirse en la madera de la puerta.

El sargento giró sobre sus pies y se desplomó de bruces.

Zamora pulsó un zumbador y apareció un comandante de las fuerzas especiales, que después de lanzar una mirada indiferente al cadáver de Guzmán, preguntó.

—¿Qué desea, señor ministro?

—Hay cuatro hombres en la sala de espera...

—Sí, señor.

—Deben ser ejecutados ahora mismo y no quiero que hablen con nadie.

—Yo me encargaré de ellos personalmente.

—Retiren el cadáver de Guzmán y que limpien el suelo. Regresaré dentro de un par de horas, debo entrevistarme con el ministro de Defensa.

—Sus órdenes serán cumplidas rápidamente, señor.

Héctor Zamora pasó por encima del cadáver de Guzmán sin preocuparse de él.

Pero antes de salir del despacho se detuvo y mirando al comandante, dijo.

—Reúna a todas las unidades. Quiero hablar personalmente con los jefes de cada grupo, vamos a iniciar una intensa campaña para acabar con los rebeldes.

—Bien, señor.

Zamora abandonó el despacho y poco después, el comandante ejecutaba a los cuatro hombres que habían acompañado a Guzmán.

... Y también lo acompañaron al depósito de cadáveres.

Bart Dorsen se hallaba en la parte más alta del viejo almacén de los pescadores de Puerto Palmeras, observando los alrededores con unos potentes prismáticos.

Atardecía.

Todo parecía estar en calma, pero el agente del

F. B. I.,

sabía que las cosas no iban demasiado bien.

Habían transcurrido dos días desde la noche en que arrancaron al coronel Contreras de las manos de Guzmán y sus hombres.

... Y el cerco se iba estrechando.

Hombres y mujeres eran detenidos en toda la nación, y Zamora se había visto obligado a improvisar cárceles porque los detenidos ya no tenían cabida en las prisiones corrientes.

Puerto Palmeras vivía bajo el reinado del terror y los registros se sucedían con una rapidez aterradora.

Abel Pacheco y Héctor Zamora seguían creyendo que el coronel Contreras estaba muerto, pero Bart temía por la vida de Romero y Carreño si se llegaba a descubrir la verdad.

—¿Preocupado? —preguntó Elena al reunirse con el agente del F. B. I.

—He descubierto algunas patrullas de hombres de las fuerzas especiales por los alrededores. Creo que solamente tenemos algunas horas de tiempo... quizás mañana lleguen hasta aquí.

—El sótano es seguro.

—Hasta cierto punto.

—¿Por qué?

—Porque he visto perros en las patrullas.

—Mi padre se encuentra mucho mejor... creo que podrá viajar.

—Clemente no tardará en llegar y veremos lo que dice.

—Todo irá bien.

—Yo tenía que haberme encargado de encontrar la forma de salir de la isla, pero...

—Tú eres el hombre más buscado por la policía de Zamora. Necesitan una cabeza de turco donde descargar sus golpes y esa cabeza es la tuya.

—Sí, lo sé.

—Además, tu fotografía está en todas partes y en la televisión la muestran cada hora.

—Lo sé... y ahora también me acusan de la muerte de Guzmán y de sus hombres.

—Eres muy popular —comentó Elena que conservaba un excelente humor.

La hermosa mujer no tenía ninguna duda sobre el éxito de toda

la operación.

Al anochecer llegó Clemente Romero... y lo hizo conduciendo una gran ambulancia del ejército de tierra.

—Ha llegado la hora de abandonar el sótano —dijo al saltar al suelo.

—¿Has encontrado una embarcación? —preguntó Bart.

El agente del

F. B. I.,

había pensado en apoderarse de un avión, pero Romero le hizo saber que el aeropuerto civil se había convertido en una verdadera fortaleza y que los hombres que se encargaban de la vigilancia, tenían orden de disparar contra todo hombre o mujer que intentase entrar en el aeropuerto.

Y en el campo de aviación militar no había ningún aparato de grandes dimensiones; solamente algunos cazas de modelo anticuado.

—Sí.

—¿Es grande?... ¿Es rápida?...

—Sí.

—¿Qué clase de embarcación es? —preguntó Bart.

—Una lancha rápida de la marina de mi país.

—¡Eh! —exclamó Bart asombrado.

—Guillermo Villalobos es un hombre joven, con una brillante carrera en la marina. Es capitán de navío y tiene a sus órdenes las tres lanchas rápidas que tenemos.

—Bien... ¿Y qué piensa el capitán Villalobos? —preguntó el agente del

F. B. I.

—Abandonar el país...

—Habla de una vez, Clemente, me estás destrozando los nervios.

—El capitán se encargará de llevarte a los Estados Unidos... en compañía de todos los demás. Nadie os perseguirá, el capitán ha dejado fuera de servicio las otras lanchas rápidas.

—¡Excelente!

—Sin embargo, hay patrullas en el muelle donde está atracada la lancha.

—No importa...

—Voy a ver a Contreras y después de cambiarle los vendajes

podrá salir de aquí.

—¿Qué piensas hacer tú? —preguntó Bart.

—Quedarme aquí... y Carreño hará lo mismo.

—Cuando Pacheco se entere de la trampa en que cayó, os ejecutará.

—No, no lo hará... nos encerrará en alguna de sus prisiones, pero no se atreverá a asesinarnos.

—Pero...

—Ésta es nuestra patria, Bart y debemos permanecer aquí, hasta que alguien termine con la tiranía de Pacheco y Zamora —interrumpió Romero.

—Bien...

—El coronel Contreras y los demás se encargarán de proteger nuestras vidas desde el extranjero —aseguró Romero.

—Correrás un gran riesgo... y Carreño también —dijo Bart.

—La vida está llena de riesgos... y tú lo sabes mejor que nadie porque siempre vives a remolque del peligro.

—Estamos de acuerdo.

—Podéis ir preparando la marcha. Dentro de la ambulancia iréis perfectamente.

—Somos catorce en total...

Romero se dirigió hacia el sótano y Bart le siguió mientras Elena se encargaba de la vigilancia.

Mientras el doctor atendía a Contreras, Bart reunió a los hombres y mujeres, y les dijo.

—Vamos a salir de aquí... coged todas las armas y tenedlas listas para usarlas.

Una hora más tarde, la ambulancia del ejército de tierra se alejaba del viejo almacén de los pescadores de Puerto Palmeras y rodaba hacia el puerto de la ciudad.

Por las calles continuaban sonando disparos, aunque cada vez eran más aislados.

Por último, la ambulancia se detuvo al lado de una potente lancha rápida y Romero abrió las puertas posteriores, diciendo.

—Llevad al coronel Contreras a bordo.

—¿Cuántos tripulantes hay en la lancha? —preguntó Bart.

—Dos... los que el capitán sabe que son leales.

—¡Bien...!

El coronel Contreras iba en una camilla y cuando sus amigos lo dejaron en la cubierta de la lancha, Romero le entregó la agenda, diciendo.

—Ahora estará más segura en tus manos.

—Eres un hombre valiente... y un amigo leal —contestó Contreras.

—Solamente amo a mi patria... y quiero lo mejor para ella. Sé que regresarás muy pronto y que la libertad y la justicia volverán a reinar en nuestro país.

—Tienes mi palabra —dijo el coronel.

Los hombres y mujeres fueron subiendo a bordo y un marinero se dedicó a colocarlos en los lugares adecuados.

El capitán Villalobos estrechó la mano de Bart y dijo.

—Todo está listo.

—Y nosotros también.

—No llevamos torpedos, ordené desembarcarlos para no llevar tanto peso; los depósitos de combustible están llenos y los motores listos.

—Buena suerte... debo llevarme la ambulancia lo antes posible. Gracias por tu ayuda, Bart —dijo Romero.

—Tú también me has ayudado —contestó el agente del F. B. I., estrechando la mano de su amigo.

Elena besó a Romero y éste abandonó la lancha.

—Un hombre valiente —comentó Bart.

—Y un gran amigo —añadió Elena mientras la ambulancia abandonaba el muelle.

El capitán Villalobos dio unas órdenes a sus dos hombres y después, dijo.

—Tendrá usted que ayudarnos, Dorsen.

—Estoy listo —contestó Bart.

—Vamos a poner en marcha los motores; ya se han quitado las amarras y no tardaremos en zarpar.

El muelle estaba sumido en la oscuridad... pero bruscamente surgieron grandes chorros de luz que iluminaron perfectamente la lancha de Villalobos.

—¡Nos han descubierto! —exclamó uno de los marineros.

—Corre a los motores... —ordenó Villalobos mientras se dirigía

hacia una de las ametralladoras de cubierta.

—Ve a reunirte con tu padre y los demás —dijo Bart a Elena.

Una ráfaga de ametralladora desgarró la calma de la noche y los proyectiles se estrellaron contra las planchas de acero de la lancha.

Elena desapareció por una de las escotillas y Bart fue a situarse detrás de la segunda ametralladora de cubierta.

Eran armas pesadas y el capitán Villalobos, dijo:

—Puede abrir fuego, Dorsen... no tardaremos en zarpar.

Barí apuntó hacia uno de los reflectores que iluminaban la lancha y abrió fuego.

... Y la luz desapareció.

Bart continuó disparando mientras los motores de la lancha empezaban a rugir con fuerza.

Los proyectiles de Villalobos y Bart barrieron el muelle y todos los reflectores saltaron hechos añicos...

Una ráfaga alcanzó el depósito de gasolina de uno de los coches de las fuerzas especiales y estalló.

Las llamas iluminaron el muelle mientras la lancha se apartaba de él.

Para Villalobos y Bart fue un juego de niños barrer el muelle por completo.

Los hombres de las fuerzas especiales, al ver que los proyectiles barrían sus filas, emprendieron la huida.

... Y otro de los vehículos estalló, como si lo hubiese alcanzado una bomba.

La lancha iba ganando velocidad... y salió por la bocana del puerto levantando olas de espuma.

—Todo en orden —dijo Villalobos al reunirse con Bart.

—¿Cómo pudieron descubrirnos?

—Zamora tiene espías en todas partes... quizá alguno de los tripulantes dio la información.

—Espero que Romero y Carreño puedan sobrevivir —murmuró Bart.

—Tienen muchos amigos en Puerto Palmeras, Dorsen... y después de los asesinatos de estos últimos días, toda la opinión pública está contra Pacheco y Zamora.

—¿Nos pueden alcanzar los aviones?

—No... pero además daremos un rodeo y saldremos por Cayo

Caimán.

El capitán Villalobos no se equivocó.

Los aviones no descubrieron el rumbo seguido por la lancha rápida.

—Bien... debemos separarnos —dijo Bart, cuando ya estaban en los Estados Unidos...

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Elena.

El coronel Contreras había ingresado en un hospital donde médicos competentes cuidaban de él.

El capitán Villalobos hablaba con las autoridades de marina y un grupo de amigos del coronel Contreras atendían a los hombres y mujeres que habían llegado en la lancha.

Solamente Bart y Elena seguían en el muelle.

—Sí... volveré a Miami para pasar unos días a tu lado, pero debo volar hacia Washington, tengo que completar la misión que me llevó hasta Puerto Palmeras.

—Gracias... por todo —dijo Elena pasando sus brazos por el cuello de Bart Dorsen.

Una hora más tarde, el agente del
F. B. I.,
volaba hacia la capital de la nación.

Cuando Bart entregó los documentos de Karl Meyer, todo el
F. B. I.,
entró en acción y los contrabandistas de armas fueron cayendo uno tras otro.

—Buen trabajo, Bart —dijo el inspector Clayton cuando toda la organización quedó desarticulada y los jefes de la misma fueron detenidos.

—Tuve suerte.

—La Interpol ha capturado a los que faltaban... creo que puedes tomarte un descanso.

—Sí, inspector.

—Una semana.

—Gracias.

... Y Bart voló hacia Miami para reunirse con Elena.

Seis meses más tarde, el coronel Contreras y sus amigos regresaron a Puerto Palmeras.

Desembarcaron en una playa cercana y en menos de tres días expulsaron a las fuerzas de Pacheco y Zamora, que se fueron quedando solos, porque sus hombres desertaban.

Pacheco y Zamora murieron al intentar huir y la paz volvió a la isla.

Clemente Romero y Carreño salieron de una de las cárceles.

... Y salieron sonriendo, como todos los demás hombres que iban saliendo de sus encierros.

El coronel Contreras abrazó a los dos hombres que le habían salvado la vida y les dijo.

—Y ahora todos tenemos mucho trabajo, hay que empezar por limpiar muchas cosas.

—Lo primero, nuestros rostros —contestó Romero pasándose la mano por la poblada barba.

—¿Dónde está Elena? —preguntó Carreño.

—En los Estados Unidos.

—¿Y Bart Dorsen? —preguntó Romero.

—Se casó con Elena.

—Bart siempre fue un tipo con mucha suerte —comentó Romero.

Un mes más tarde, Bart Dorsen y su esposa Elena acudieron a la toma de posesión del nuevo presidente de la nación.

Y el nuevo presidente se llamaba Duncan Carlos Contreras, el superviviente de El Cerro.

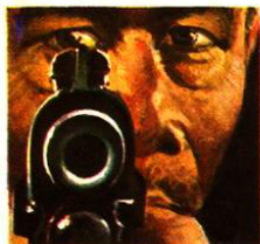
Los otros tres supervivientes de la matanza ocuparon cargos importantes en el nuevo gobierno.

Y Romero fue el nuevo director del Hospital Militar, porque Carreño era ministro de Sanidad.

... Y Elena no se cansaba de dar las gracias a su esposo.

FIN

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA

R EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

12
Ptas.

NOTAS

[1] Los hechos que se relatan no son producto de la imaginación del autor, ya que por desgracia ocurrieron en la realidad. El día 5 de noviembre de 1950, un grupo de patriotas de Guatemala intentó apoderarse de una base militar, pero fracasaron y cuando quedaron en libertad, fueron acibillados por las ametralladoras de un tanque. Uno de los pocos supervivientes de aquel grupo fue el coronel Carlos Castillo Armas, que más tarde llegó a ser Presidente de la nación, para ser asesinado en el mes de julio de 1957. < <

[2] En la hibernación artificial disminuyen el metabolismo y la temperatura del cuerpo. El paciente se va enfriando gradualmente recurriendo a determinados aparatos de refrigeración hasta llegar a temperaturas de menos de 20 grados. Todas las funciones vitales parecen cesar y la circulación de la sangre es muy lenta y los reflejos llegan a apagarse por completo. Se sale del estado de hibernación calentando el cuerpo de una forma gradual. La hibernación artificial se usa para operaciones quirúrgicas que serían imposibles en las condiciones orgánicas normales. < <